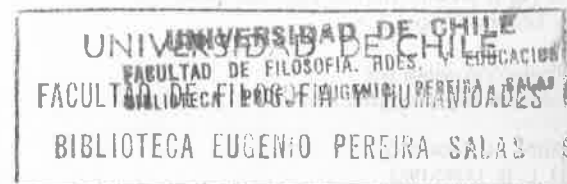


HONORÉ DE BALZAC

843.FJ
B1982.F
c.1

EUGENIA GRANDET



EDICIONES ORBIS, S.A. - EDITORIAL ORIGEN, S.A.

112128

06/07/88 Pego de Muelle

Título original: EUGÉNIE GRANDET
Traducción de M. Laín Martínez

© Ediciones Orbis, S.A.
y RBA Proyectos editoriales, S.A. 1982
© Por la presente edición: Ediciones Orbis, S.A.
y Editorial Origen, S.A.

Traducción cedida por
Editorial Argos Vergara, S.A.

ISBN: 84-7530-020-0
D. L. B. 13392-1982

Impreso y encuadernado por
Printer industria gráfica s.a. Provenza, 388 Barcelona-25
Sant Vicenç dels Horts

Printed in Spain

A MARÍA

Su retrato es el adorno más hermoso de esta obra. Que su nombre sea aquí como una rama de boj bendita, arrancada de cualquier árbol, pero santificada por la religión y conservada siempre verde por manos piadosas para proteger la casa.

DE BALZAC

FISONOMIAS BURGUESAS

En ciertas ciudades de provincia hay casas que, al contemplarlas, inspiran una melancolía igual a la que provocan los claustros más sombríos, las landas más yermas o las más tristes ruinas. Acaso sea porque en estas casas se encuentran a la vez el silencio de los claustros, la aridez de las landas y la desnudez de las ruinas; la vida y el movimiento son en ellas tan lentos, que un extraño las creería deshabitadas si no se encontrase de repente con la mirada pálida y fría de una persona inmóvil que, al ruido de unos pasos desconocidos asoma su rostro casi monástico tras el alféizar de la ventana.

Estos gérmenes de melancolía existen en la fisonomía de una casa situada en Saumur, al extremo de la empinada calle que lleva al castillo por la parte alta de la ciudad. Esta calle, ahora poco frecuentada, cálida en verano, fría en invierno, oscura en algunos parajes, es notable por la sonoridad de su empedrado de pequeños guijarros, siempre limpio y seco, por la estrechez de su vía tortuosa y por la paz de sus casas que pertenecen a la ciudad antigua y sobre las cuales se alzan las murallas.

Moradas tres veces seculares se conservan sólidas aún, a pesar de estar construidas en madera, y

los diversos aspectos que ofrecen contribuyen a la originalidad de esta parte de Saumur que atrae la atención de anticuarios y artistas. Es difícil pasar por delante de estas casas sin admirar las enormes vigas talladas en sus extremos con extrañas figuras, y que, formando un bajorrelieve negro, coronan el piso bajo de la mayor parte de ellas.

Aquí, piezas de madera transversales cubiertas de pizarra y marcando líneas azules sobre las frágiles murallas de una construcción terminada por un tejadillo de madera combado por los años y con los tablones podridos y alabeados por la acción alternativa de la lluvia y del sol. Allí, se pueden ver alféizares de ventana deteriorados, ennegrecidos, con delicadas esculturas ya apenas visibles, y que parecen demasiado ligeros para sostener el tiesto de arcilla oscura donde crecen los claveles o los rosales de una pobre obrera. Más lejos son puertas guarnecidas de clavos enormes en los que el genio de nuestros antepasados trabó jeroglíficos domésticos cuyo sentido no se descubrirá nunca. Ora un protestante hizo constar en ellos su fe, ora un partidario de la Liga estampó su maldición a Enrique IV. O un burgués grabó las insignias de su *noblesse de cloches*,¹ la gloria de su olvidada regiduría. Toda la historia de Francia está allí. Al lado de la trémula casa toscamente tabicada, donde el artesano deificó su garlopa, se alza el palacio de un gentilhomme en el cual, sobre el medio punto de la puerta de piedra, se ven todavía algunos vestigios de su escudo de armas, malparado por las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país.

En esta calle los locales comerciales de los pisos bajos no son ni tiendas ni almacenes; los amantes

1. Nobleza conferida a ciertas autoridades municipales y que heredaban sus descendientes.

de la Edad Media encontrarían en ellos los obradores de nuestros abuelos en toda su ingenua sencillez. Estos locales no tienen ni escaparate, ni rótulo, ni vitrina; son profundos, oscuros y sin adornos exteriores ni interiores. Su puerta está dividida en dos partes macizas, herradas toscamente, de las cuales la superior se repliega hacia dentro y la inferior, provista de una campanilla con resorte, se abre y se cierra constantemente. El aire y la luz llegan a esta especie de antro húmedo por la parte alta de la puerta, o por el espacio que hay entre la bóveda, el techo y el pequeño muro a la altura del alféizar, en el cual van empotrados unos sólidos postigos que por la mañana se quitan y se vuelven a colocar por la noche, sujetos con barras de hierro empernadas. Este muro sirve al comerciante para exponer sus mercancías. Allí no existe el charlatanismo. Según la naturaleza del comercio, la exhibición consiste en dos o tres cubas llenas de sal y de bacalao, en algunos paquetes de tela tosca, cuerdas, cacharros de latón colgados en las vigas del techo, aros dispuestos a lo largo de las paredes, o algunas piezas de paño en los estantes.

Mas entrad. Una muchacha limpia, radiante de juventud, con una pañoleta blanca y los brazos rojos, deja su labor de punto y llama a su padre o a su madre, que acuden a venderos lo que queráis, flemáticos, complacientes o arrogantes según su carácter, lo mismo por valor de dos sueldos que por veinte mil francos de mercancía.

Allí podréis ver a un comerciante de duelas sentado a su puerta y que gira sus pulgares mientras charla con un vecino. En apariencia no posee más que unas malas tablas y dos o tres paquetes de listones, pero su taller abastece en el puerto a todos los toneleros de Anjou; este hombre sabe casi con exactitud cuántos toneles harán falta si la cosecha es buena; un día de sol le enriquece, una

temporada de lluvia le arruina; en una sola mañana los punzones pueden llegar a valer once francos o bajar a seis libras.

En esta región, como en la Turena, las vicisitudes de la atmósfera rigen la vida comercial. Vinateros, propietarios, comerciantes en madera, toneleros, posaderos, marineros, todos están a la espera de un rayo de sol; tiemblan al acostarse ante la idea de encontrarse a la mañana siguiente con que ha helado durante la noche; temen la lluvia, el viento y la sequía, y quieren agua, calor y nubes a capricho. Hay un duelo constante entre el cielo y los intereses terrenales. El barómetro entristece, anima y alegra alternativamente sus fisonomías.

De un extremo a otro de esta calle, la antigua calle Mayor de Saumur, corren de puerta en puerta estas palabras: «¡Vaya un tiempo hermoso!»; o estas otras: «¡Llueven luises de oro!»; dando a entender que saben lo que un rayo de sol o una lluvia oportuna puede significar para ellos. El sábado, a partir del mediodía, será imposible que podáis comprar ni un sueldo de mercancía en las tiendas de estos honrados industriales. Todos tienen su viña o su hacienda y se van a pasar dos días al campo. Allí todo está previsto, la compra, la venta, la ganancia, y los comerciantes tienen diez horas de las doce del día para emplearlas en alegres partidas, en observaciones, comentarios y espionajes continuos. Un ama de casa no compra una perdiz sin que al día siguiente los vecinos pregunten al marido si estaba bien guisada. Una muchacha no puede asomar la cabeza a la ventana sin ser vista por todos los grupos de ociosos. Allí, pues, las conciencias están a la luz del día, al igual que aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas no tienen misterios.

La vida se hace casi siempre al aire libre; cada familia se sienta a la puerta y allí come, allí cena

y allí discute. Nadie pasa por la calle que no sea estudiado. E incluso, antaño, cuando un forastero llegaba a una ciudad de provincias era objeto de burlas desde todas las puertas. De ahí provienen las regocijantes historias, de ahí el apodo de *copiones*¹ que se daba a los habitantes de Angers que se distinguían en estas bromas callejeras.

Los antiguos palacios de la ciudad vieja están situados en lo alto de esta calle, en otro tiempo habitada por los nobles de la región. La casa, llena de melancolía, donde tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia, era precisamente uno de estos edificios, restos venerables de un siglo en que las cosas y los hombres tenían ese carácter de sencillez que las costumbres francesas pierden de día en día.

Después de haber recorrido los recovecos de este camino pintoresco que hace, en sus menores accidentes, despertar continuos recuerdos y que, por su impresión general, tiende a sumergirnos en una especie de ensoñación maquinal, se distingue una hondonada bastante sombría en cuyo centro está oculta la puerta de la casa del señor Grandet.

Es imposible comprender el valor de esta expresión provinciana sin dar la biografía del señor Grandet.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no serán del todo comprendidas por las personas que, poco o mucho, no hayan vivido en provincias. El señor Grandet, a quien algunos aún llamaban el tío Grandet —aunque el número de los ancianos que así lo llamaban disminuía sensiblemente—, era en 1789 un maestro tonelero acomodado que sabía leer, escribir y contar. Cuando la República francesa puso en venta en el distrito de Saumur los bienes

1. Es decir, que imitan burlescamente.

del clero, el tonelero, que por entonces tenía cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna líquida y de la dote de su mujer, unos dos mil luises de oro, se fue a la capital del distrito y allí gracias a doscientos luises dobles que su suegro ofreció al feroz republicano que se encargaba de la venta de los dominios nacionales, obtuvo legalmente, si no legítimamente, por un pedazo de pan los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía y unas cuantas alquerías.

Como los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, el tío Grandet pasó por hombre audaz, por republicano, por patriota, por partidario de las nuevas ideas, siendo así que el tonelero sólo era partidario de las viñas. Fue nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur, y su pacífica influencia se hizo sentir política y comercialmente.

Políticamente protegió a los antiguos nobles e impidió con todo su poder la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, abasteció a los ejércitos republicanos de un millar o dos de toneles de vino blanco e hizo que le pagaran con unos soberbios prados que pertenecían a un convento de monjas y que había reservado para un último lote.

En tiempos del Consulado, el bueno de Grandet administró con prudencia y vendimió aún mejor; en la época del Imperio se le llamaba señor Grandet. A Napoleón no le gustaban los republicanos, y sustituyó al señor Grandet, que pasaba por haber llevado el gorro frigio, por un propietario, un hombre de familia aristocrática, un futuro barón del Imperio. El señor Grandet abandonó los honores municipales sin ningún pesar. Ya había mandado construir, en interés de la ciudad, excelentes caminos que conducían a sus propiedades. Su casa y sus bienes, ventajosamente inscritos en el cata-

tro, pagaban impuestos moderados. Después de la clasificación de sus diferentes fincas, sus viñas, gracias a sus cuidados constantes, habían llegado a ser la *cabeza* del país, palabra técnica usada entonces para indicar las viñas que producían los vinos de primera calidad. Habría podido solicitar la cruz de la Legión de Honor.

Este acontecimiento tuvo lugar en 1806. El señor Grandet tenía entonces cincuenta y siete años y su mujer alrededor de treinta y seis. Su única hija, fruto de sus legítimos amores, contaba diez años.

El señor Grandet, a quien la Providencia sin duda quiso consolar de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente durante aquel año a la señora de la Gaudinière, cuyo nombre de soltera era De la Bertellière, madre de la señora Grandet; luego al anciano señor De la Bertellière, padre de la difunta, y, por último, a la señora Gentillet, su abuela materna; tres herencias cuya importancia nadie pudo llegar a conocer. La avaricia de estos tres ancianos era tan desahogada, que desde hacía mucho tiempo amontonaban su dinero para poderlo contemplar secretamente. El anciano señor De la Bertellière decía que invertir el dinero era una prodigalidad, y encontraba que se obtenían mayores intereses contemplando el oro que con los beneficios de la usura. El pueblo de Saumur deducía el valor de las economías por las rentas de los bienes inmuebles.

El señor Grandet obtuvo entonces el nuevo título de nobleza que nuestra manía de igualdad no borrará jamás: se convirtió en *el mayor contribuyente* de la comarca. Explotaba cien *arpents* de viñas, que en los años de abundancia le daban de setecientos a ochocientos toneles de vino. Poseía trece alquerías, una antigua abadía en la cual, por economía, había tapiado las ventanas, las ojivas y

las vidrieras,¹ que así se conservaron; y ciento veintisiete *arpents* de prados en 1793. Por último, la casa en que vivía era también suya.

De este modo se calculaba su fortuna visible. Respecto a su capital, sólo dos personas podían presumir vagamente su importancia; una era el señor Cruchot, notario, encargado de los préstamos usuarios del señor Grandet; la otra el señor Des Grassins, el banquero más rico de Saumur, en cuyos negocios el vinatero participaba secretamente y cuando le convenía. Aunque el viejo Cruchot y el señor Des Grassins poseían esa profunda discreción que engendra en la provincia la confianza y la fortuna, testimoniaban públicamente al señor Grandet un respeto tan grande, que los observadores podían calcular la magnitud del capital del antiguo alcalde por la obsequiosa consideración de que éste era objeto.

No había nadie en Saumur que no estuviera persuadido de que el señor Grandet tenía un tesoro particular, un escondite lleno de luises, y que por las noches se entregaba a los inefables goces que procura la vista de una gran masa de oro. Los avariciosos tenían una especie de certidumbre de esto al ver los ojos de Grandet, pues el metal amarillo parecía haberles comunicado tonalidades. La mirada de un hombre acostumbrado a sacar a su capital intereses enormes adquiere necesariamente, como la del lujurioso, la del jugador o la del adulador, ciertos hábitos indefinibles, ciertos movimientos furtivos, ávidos, misteriosos, que no escapan a la atención de sus correligionarios. Este lenguaje secreto forma, en cierto modo, la masonería de las pasiones.

El señor Grandet inspiraba, pues, la estimación respetuosa a que tiene derecho un hombre que

1. Para no pagar el impuesto sobre puertas y ventanas.

nunca debió nada a nadie; que, como viejo tonelero y viejo vinatero, adivinaba con la precisión de un astrónomo si había que fabricar para la cosecha mil toneles o sólo quinientos; que no desperdiciaba una sola especulación, tenía siempre toneles que vender cuando el tonel valía más caro que la mercancía por recoger, y que podía meter su vendimia en las bodegas y esperar el momento de vender el tonel de vino a doscientos francos, mientras que los pequeños propietarios lo vendían a cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, astutamente almacenada y lentamente vendida, le había dejado más de ciento cuarenta mil libras. Financieramente hablando, el señor Grandet tenía algo del tigre y de la boa, sabía tenderse, agazaparse, contemplar durante largo rato a su presa y saltar sobre ella; luego abría las fauces de su bolsa, engullía un montón de escudos y se acostaba tranquilamente como la serpiente que digiere impasible, fría, metódica.

Nadie le veía pasar sin experimentar un sentimiento de admiración mezclado de respeto y de terror. Pues, ¿acaso no habían sentido todos en Saumur el cortés arañazo de sus garras de acero? A éste *maître* Cruchot le había procurado el dinero necesario para la compra de un terreno, pero al once por ciento; a aquél el señor Des Grassins le había descontado unas letras, pero con un espantoso aumento en los intereses. Pocos días transcurrían sin que el nombre del señor Grandet se pronunciase, bien en el mercado, bien durante las veladas en las conversaciones de la ciudad. Para algunas personas la fortuna del viejo vinatero era objeto de un orgullo patriótico. Así pues, más de un comerciante y más de un posadero decía a los forasteros con cierta satisfacción:

—Señor, aquí tenemos dos o tres casas millonarias; pero el señor Grandet, ni él mismo conoce el alcance de su fortuna...

En 1816 los más hábiles calculadores de Saumur estimaban los bienes territoriales de nuestro hombre en unos cuatro millones; pero como desde 1793 había debido sacar, por término medio, cien mil francos al año de sus propiedades, era presumible que poseía en dinero una suma casi igual a la de sus bienes raíces. Así es que, cuando después de una partida de boston o de alguna conversación sobre las viñas, se hablaba del señor Grandet, las gentes enteradas decían: «¿El tío Grandet?... El tío Grandet debe tener cinco o seis millones».

—Es usted más listo que yo, que nunca he podido saber el total —respondían el señor Cruchot o el señor Des Grassins si oían estas palabras.

Si algún parisiense hablaba de los Rothschild o del señor Laffitte, las gentes de Saumur preguntaban si eran tan ricos como el señor Grandet. Y si el parisiense les respondía sonriendo con una desdenosa afirmación, ellos se miraban moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

Tan gran fortuna cubría con un manto de oro todas las acciones de aquel hombre. Si en un principio ciertas particularidades de su vida dieron ocasión a la burla y la risa, la burla y la risa se habían terminado por completo. En sus menores actos el señor Grandet tenía la autoridad de la cosa juzgada. Su palabra, su vestido, sus gestos, el guiño de sus ojos, constituían ley en la región, donde todo el mundo, después de haberle estudiado como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, había podido reconocer la profunda y muda sabiduría de sus más ligeros movimientos.

—El invierno será crudo —decían—, el tío Grandet se ha puesto los guantes de piel, hay que vendimiar. El tío Grandet compra muchas duelas, habrá buena cosecha de vino este año.

El señor Grandet no compraba nunca carne ni pan. Sus colonos le llevaban todas las semanas

una provisión suficiente de capones, pollos, huevos, manteca y trigo a manera de renta. Poseía un molino y el arrendatario tenía la obligación, además de pagarle la renta, de ir a buscar una cierta cantidad de grano y de entregarle la harina y el salvado. Nanon, su única criada, aunque ya no era joven, amasaba ella misma todos los sábados el pan de la casa. El señor Grandet se había arreglado con los hortelanos arrendatarios suyos para que le abasteciesen de verdura. En cuanto a la fruta, era tal la cantidad que recogía, que tenía que vender una gran parte en el mercado. La leña para el fuego la cortaba en sus setos o la cogía de los viejos arbustos medio podridos que se encontraban en las lindes de sus campos. Sus colonos se la acarreaban hasta la ciudad con los gastos a su cuenta, se la apilaban por complacencia en la leñera y a cambio recibían las gracias. Sus únicos gastos conocidos eran el pan bendito, los vestidos de su mujer y de su hija, el pago de las sillas en la iglesia, la luz, el sueldo de Nanon y la compostura de sus cacerolas, el pago de las contribuciones, las reparaciones de sus edificios y los gastos de los cultivos. Tenía seiscientos *arpents* de bosques recién comprados que vigilaba el guarda de un vecino al cual había prometido una indemnización. Y sólo después de esta adquisición probó él la caza.

Las maneras de este hombre eran muy sencillas. Hablaba poco. Generalmente expresaba sus ideas con frases cortas y sentenciosas dichas en voz baja. Desde la Revolución, que era la época en que empezó a atraer las miradas de todos, tartamudeaba de un modo fatigoso en cuanto tenía que hablar largo rato o sostener una discusión. Este atropellamiento en el hablar, la incoherencia de sus palabras, la excesiva abundancia de términos en que ahogaba su pensamiento, su aparente falta de lógica, atribuidos a defecto de educación, eran afec-

tados, y quedarán suficientemente explicados por ciertos acontecimientos de esta historia. Por otra parte, cuatro frases, exactas como fórmulas algebraicas, le servían habitualmente para abarcar y resolver todas las dificultades de la vida y del comercio: «No sé, no puedo, no quiero, ya veremos».

Nunca decía *sí* o *no*, ni escribía nada. Si se le hablaba, escuchaba fríamente, se cogía la barbilla con la mano derecha mientras apoyaba el codo derecho sobre el revés de la mano izquierda, y se formaba sobre toda cuestión opiniones de las que nadie le podía sacar. Meditaba largamente los tratos más insignificantes. Y cuando, tras una pormenorizada conversación, su adversario le había confiado el secreto de sus pretensiones creyendo que le había convencido, entonces él le respondía:

—No puedo decidir nada sin haber consultado con mi mujer.

Su mujer, a quien él había reducido a un ilotismo completo, era en cuestiones de negocios su escudo más cómodo. No iba nunca a casa de nadie, no quería ni invitar a comer él ni que nadie le invitara; no hacía nunca ruido, parecía economizarlo todo, hasta el movimiento. Jamás molestaba a los demás por su constante respeto a la propiedad.

Sin embargo, a pesar del tono bajo de su voz, a pesar de su actividad circunspecta, el lenguaje y las costumbres del tonelero se hacían patentes sobre todo cuando estaba en casa, donde se contenía menos que en los demás sitios.

Físicamente, Grandet era un hombre de unos cinco pies de altura, rechoncho, cuadrado, con unas pantorrillas de doce pulgadas de circunferencia, rodillas nudosas y anchos hombros; su cara era redonda, curtida, picada de viruelas; su barbilla era recta, sus labios no ofrecían ninguna sinuosidad y sus dientes eran blancos; sus ojos tenían la expresión tranquila y devoradora que el pueblo

atribuye al basilisco; su frente, surcada de arrugas transversales, no carecía de significativas protuberancias; sus cabellos, amarillentos y grisáceos, eran blancos y de oro al decir de algunos jóvenes que no conocían la gravedad de una broma sobre el señor Grandet. En la nariz, gruesa por la punta, tenía un lobanillo surcado de venillas que el vulgo decía, no sin razón, que estaba lleno de malicia. Su rostro denotaba una astucia peligrosa, una fría prohibición, el egoísmo de un hombre acostumbrado a concentrar sus sentimientos en los goces de la avaricia y en el único ser que realmente significó algo para él, su hija Eugénie, su única heredera. Por lo demás, su actitud, sus modales, su manera de andar, todo en él demostraba esa confianza en sí mismo que confiere la costumbre de haber salido airoso en todas las empresas. Así pues, aunque de costumbres sencillas y suaves en apariencia, el señor Grandet tenía un carácter de hierro.

Vestido siempre del mismo modo, quien le viese hoy le veía tal como era desde 1791. Llevaba siempre fuertes zapatos atados con cordones de cuero; en invierno y en verano usaba medias de lana, un calzón corto de grueso paño de color castaño con hebillas de plata, chaleco de terciopelo a rayas amarillas y pardas con la botonadura formando un cuadro, una levita también de color castaño con grandes faldones, corbata negra y un sombrero de cuáquero. Los guantes, tan recios como los de un gendarme, le duraban veinte meses, y para conservarlos limpios se los ponía en el borde del sombrero, siempre en el mismo sitio, con un gesto metódico.

Saumur no sabía nada más sobre este personaje.

Sólo seis personas tenían derecho a entrar en su casa. El más considerable de las tres primeras era el sobrino del señor Cruchot. Desde su nombra-

miento de presidente de la Audiencia de Saumur, este joven había unido al nombre de Cruchot el de Bonfons y trabajaba para hacer prevalecer Bonfons sobre Cruchot. Ya firmaba C. de Bonfons. El litigante tan poco hábil que le llamaba «señor Cruchot» pronto se daba cuenta, en la audiencia, de su torpeza. El magistrado protegía a los que le llamaban «señor presidente», pero favorecía con sus mejores sonrisas a los aduladores que le decían «señor De Bonfons». El señor presidente tenía treinta y tres años y poseía el dominio de Bonfons (*Boni Fontis*), que rentaba siete mil libras; esperaba heredar a su tío el notario y a su otro tío, el padre Cruchot, dignatario del cabildo de Saint-Martin de Tours, personas ambas que pasaban por ser muy ricas. Estos tres Cruchot, sostenidos por un buen número de primos emparentados con veinte casas de la ciudad, constituían un partido como antaño el de los Médicis en Florencia, y, como los Médicis, los Cruchot tenían sus Pazzi.

La señora Des Grassins, madre de un joven de veintitrés años, iba muy asiduamente a departir con la señora Grandet, con la esperanza de casar a su querido Adolphe con la señorita Eugénie. El banquero señor Des Grassins favorecía enérgicamente las maniobras de su mujer con constantes favores que hacía secretamente al viejo avaro, y siempre llegaba a tiempo al campo de batalla. Estos tres Des Grassins tenían igualmente sus secuaces, sus primos y sus aliados fieles.

Por el lado de los Cruchot, el clérigo, el Talleyrand de la familia, debidamente apoyado por su hermano el notario, disputaba vivamente el terreno a la banquera, y trataba de conquistar la rica herencia para su sobrino el presidente. Esta lucha secreta entre los Cruchot y los Des Grassins, cuyo premio era la mano de Eugénie Grandet, era un

tema que apasionaba a todos los estamentos de la sociedad de Saumur. ¿Con quién se casará la señorita Grandet, con el señor presidente, o con Adolphe des Grassins?

A esta cuestión unos respondían que el señor Grandet no daría su hija ni a uno ni a otro. El viejo tonelero, roído por la ambición, buscaba para yerno decían éstos, a algún par de Francia que por trescientas mil libras de renta aceptase todos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que el señor y la señora Des Grassins eran nobles y sumamente ricos, que Adolphe era muy buen mozo, y que, a menos de tener crédito con algún sobrino del Papa, semejante enlace debía satisfacer a gentes sin clase, a un hombre a quien todo Saumur había visto con la azuela en la mano, y que además había llevado el gorro frigio. Los más sensatos hacían observar que el señor Cruchot de Bonfons tenía entrada en la casa a cualquier hora, mientras que su rival no era recibido más que los domingos. Los unos sostenían que la señora Des Grassins, en más íntima relación con las mujeres de la casa Grandet que los Cruchot, podía inculcarles ciertas ideas que, tarde o temprano, la harían triunfar. Los otros replicaban que el padre Cruchot era el hombre más intrigante del mundo, y que, mujer contra cura, la partida estaba igualada.

—Es un asunto entre faldas —decía un gracioso de Saumur.

Los viejos de la región, más enterados, pensaban que los Grandet eran demasiado avisados para dejar salir su fortuna de la familia, y que la señorita Eugénie Grandet, de Saumur, se casaría con el hijo del señor Grandet, de París, rico almacenista de vinos. A esto los cruchotistas y los grassinistas respondían:

—En primer lugar, los dos hermanos no se han visto ni dos veces en treinta años. Además, el señor Grandet de París tiene elevadas pretensiones para su hijo. Es alcalde de un distrito, diputado, coronel de la guardia nacional, juez en el tribunal de comercio; reniega de los Grandet de Saumur y aspira a emparentar con alguna familia de duques por la gracia de Napoleón.

¿Qué no se diría de una heredera de la cual se hablaba en veinte leguas a la redonda y hasta en los carruajes públicos, incluso en el de Angers a Blois?

A principios del año 1818, los cruchotistas sacaron una gran ventaja a los grassinistas. La propiedad de Froidfond, notable por su parque, su admirable castillo, sus alquerías, ríos, estanques, bosques, cuyo valor ascendía a tres millones, fue puesta en venta por el joven marqués de Froidfond, que se vio obligado a realizar su patrimonio. *Maitre Cruchot*, el presidente Cruchot y el padre Cruchot, ayudados por sus partidarios, lograron impedir que la venta se hiciese en pequeños lotes. El notario hizo con el joven un negocio redondo persuadiéndole que tendría que dirigir innumerables demandas contra los adjudicatarios antes de percibir el importe de los lotes, y que era preferible venderlo todo al señor Grandet, hombre solvente y capaz además de pagar la finca en dinero contante. El hermoso marquesado de Froidfond fue de este modo a parar al esófago del señor Grandet, que ante el asombro de Saumur, lo pagó, con descuento, después de las formalidades. Esta negociación tuvo gran resonancia en Nantes y en Orléans.

El señor Grandet fue a ver su castillo aprovechando la circunstancia de que volvía allí un carrutón. Después de haber contemplado su propiedad con ojos del amo, volvió a Saumur seguro de haber colocado su dinero al cinco, y dominado por el

magnífico pensamiento de redondear el marquesado de Froidfond, uniendo a él todos sus bienes. Luego, para llenar de nuevo su tesoro casi vacío, decidió talar sus bosques y arboledas y explotar los álamos de sus praderas.

Ahora es fácil de comprender todo el valor de esta frase: la casa del señor Grandet, aquella casa pálida, fría, silenciosa, situada en la parte alta de la ciudad y resguardada por las ruinas de las murallas.

Los dos pilares y la bóveda que formaban el vano de la puerta habían sido construidos, como la casa, de creta, piedra blanca característica de las orillas del Loira, y tan blanda que su duración media es apenas de doscientos años.

Los desiguales y numerosos agujeros que la destemplanza del clima habían practicado de manera curiosa en ella daban al arco y a las jambas de la puerta la apariencia de las piedras vermiculadas de la arquitectura francesa y cierta semejanza con el pórtico de una cárcel. Encima del arco de la puerta se destacaba un largo bajorrelieve de piedra dura esculpida que representaba las cuatro estaciones, con figuras ya carcomidas y ennegrecidas. Este bajorrelieve estaba coronado por un plinto saliente sobre el cual crecían algunas de esas plantas nacidas por casualidad, como parietarias amarillas, corregüelas, clemátides, llantén, y un pequeño cerezo ya algo crecido.

La puerta, de roble macizo, oscura, seca, hendida por todas partes, y frágil en apariencia, estaba sólidamente asegurada por un sistema de pernos que formaban dibujos simétricos. Una reja cuadrada, pequeña, pero con barrotes muy juntos y enrojecidos por la herrumbre, ocupaba el centro del postillo de la casa, y servía, por así decirlo, de motivo a un aldabón que estaba unido a ella por una anilla y golpeaba sobre la deformada cabeza de un enor-

me clavo. Este aldabón, de forma oblonga, que representaba a una figura dando golpes con un martillo, parecía un gran signo de admiración; examinándolo con atención, un anticuario habría podido descubrir en él algunos indicios de la figura esencialmente bufa que antaño representaba, pero que el largo uso había borrado.

Por la pequeña reja, destinada a reconocer a los amigos en la época de guerras civiles, los curiosos podían ver, en el fondo de una bóveda oscura y verdosa, unos escalones gastados por los que se subía a un jardín, pintorescamente cercado de muros gruesos, húmedos, llenos de filtraciones y de arbustos raquíticos. Estos muros eran los de la muralla, sobre la cual se alzaban los huertos de algunas casas vecinas. En la planta baja de la casa la habitación más considerable era una sala que tenía la entrada bajo la bóveda de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia de una sala en las pequeñas ciudades del Anjou, de la Touraine y del Berry. La sala es a la vez el recibidor, el salón, el gabinete y el comedor; es el escenario de la vida doméstica, el hogar común; en ella el peluquero del barrio cortaba el pelo al señor Grandet dos veces por año; allí eran recibidos los colonos, el cura, el subprefecto y el molinero. Esta habitación cuyas ventanas daban a la calle, estaba entarimada; grandes tableros grises con molduras antiguas la cubrían de arriba abajo; el techo estaba compuesto de vigas, simuladas también, pintadas de gris, y los huecos entre una y otra recubiertos de yeso blanco que se había puesto amarillo.

Un viejo reloj de pared, de cobre con arabescos de concha incrustadas, adornaba la repisa de la chimenea, de piedra blanca mal esculpida, sobre la cual había un espejo verdoso que por los lados, cortados en bisel para dejar ver su espesor, reflejaba una línea de luz a todo lo largo de un marco

gótico de acero damasquinado. Los dos candeleros de cobre dorado que decoraban cada uno de los rincones de la chimenea tenían dos fines: si se quitaban los ramos de rosas que servían de arandelas y que con sus tallos se adaptaban al pedestal de mármol azulado con aplicaciones de cobre viejo, este pedestal formaba entonces un candelabro para los días de diario.

Las sillas, de forma antigua, estaban tapizadas con telas estampadas que representaban escenas de las fábulas de La Fontaine; pero había que saberlo para reconocerlas, pues los colores, ya empalidecidos, y las figuras desdibujadas por los zurcidos, se veían muy difícilmente. En los cuatro ángulos de esta sala se encontraban sendas rinconeras, especies de aparadores provistos de grasientos anaqueles. Una vieja mesa de juego de marquetería, que tenía un tablero de ajedrez en su parte superior, estaba colocada en el testero que separaba las dos ventanas. Encima de esta mesa había un barómetro de forma ovalada con un marco negro adornado con lazos de madera dorada, en los cuales las moscas se habían solazado tan licenciosamente que el dorado ya se había convertido en un problema.

En la pared opuesta a la chimenea había colgados dos retratos al pastel que pretendían representar al abuelo de la señora Grandet, el viejo señor De la Bertellière, vestido de teniente de la guardia francesa, y a la difunta señora Gentillet, vestida de pastora. En las dos ventanas había cortinas de damasco rojo sujetas por cordones de seda con borlas de iglesia. Esta lujosa decoración, tan poco en armonía con las costumbres de Grandet, estuvo comprendida en la compra de la casa, así como el espejo, el reloj, los muebles tapizados y las rinconeras de madera de palo rosa.

En la ventana más próxima a la puerta había una silla de paja con las patas sobre una plataforma, con el objeto de elevar a la señora Grandet a una altura que le permitiese ver a los que pasaban por la calle. Una mesita de costura, de madera de cerezo silvestre descolorido, ocupaba el alféizar de la ventana, y el pequeño sillón de Eugénie Grandet estaba colocado junto a ella.

Desde hacía quince años todas las jornadas de la madre y de la hija habían transcurrido apaciblemente en este sitio, entregadas a un trabajo constante, desde el mes de abril hasta el de noviembre. El día primero de este mes ambas mujeres podían trasladarse a su sitio de invierno junto a la chimenea. Sólo a partir de este día permitía Grandet que se encendiese el fuego en la sala, y lo hacía apagar el treinta y uno de marzo, sin tener en cuenta ni los primeros fríos de la primavera ni los del otoño. Una estufilla que con las brasas de la cocina, y valiéndose de mil artimañas para no ser vista, les reservaba Nanon, ayudaba a la señora y a la señorita Grandet a pasar las mañanas o las tardes más frías de los meses de abril y de octubre.

La madre y la hija repasaban toda la ropa de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus días en esta labor de verdaderas obreras, que si Eugénie quería bordar una gorguera a su madre, se veía obligada a hacerlo en sus horas de sueño, y engañando a su padre para poder tener luz. Desde hacía mucho tiempo el avaro distribuía las velas a su hija y a Nanon, lo mismo que por las mañanas repartía el pan y los artículos necesarios para el consumo diario.

Nanon era quizás el único ser humano capaz de soportar el despotismo de su amo. Toda la ciudad se la envidiaba al señor y a la señora Grandet. La gran Nanon, así llamada a causa de su elevada

estatura, de cinco pies y ocho pulgadas, estaba al servicio de Grandet desde hacía treinta y cinco años. Aunque no tenía más que sesenta libras de sueldo, pasaba por ser una de las sirvientas más ricas de Saumur. Estas sesenta libras, acumuladas durante treinta y cinco años, le habían permitido colocar hacía poco cuatro mil libras en renta vitalicia en casa del notario Cruchot. Este resultado de las largas y persistentes economías de la gran Nanon pareció a todos gigantesco. Todas las criadas, viendo que la pobre sexagenaria tenía asegurado el pan para su vejez, la envidiaban en la dura esclavitud con que lo había conseguido.

A la edad de veintidós años la pobre muchacha no había podido colocarse en ninguna casa, hasta tal punto era repulsiva su cara; y ciertamente este sentimiento era bien injusto: su rostro hubiera sido admirable sobre los hombros de un granadero de la guardia; pero, como suele decirse, en todo es necesaria la adecuación. Viéndose obligada a dejar una granja que se incendió en la cual ella guardaba las vacas, se fue a Saumur y se puso a buscar casa con robusto valor, dispuesta a no retroceder ante nada.

El señor Grandet pensaba entonces en casarse, y quería ya poner su casa. Se fijó en aquella moza que era rechazada de todas partes, y, acostumbrado como estaba por su calidad de tonelero a estimar la fuerza corporal, adivinó el partido que se podía sacar de una criatura femenina de compleción hercúlea, plantada sobre sus pies como un roble de sesenta años sobre sus raíces, fuerte de caderas, cuadrada de espaldas, con manos de carretero y una probidad tan rigurosa como lo era su intacta virtud. Ni las verrugas que adornaban aquel rostro marcial, ni la tez de color de ladrillo, ni los nervudos brazos, ni los andrajos de la Nanon asustaron al tonelero, que se encontraba aún

en la edad en que el corazón se estremece. Vistió, pues, calzó y alimentó a la pobre muchacha, le señaló un sueldo y le dio trabajo sin maltratarla demasiado.

Al verse acogida de este modo, la gran Nanon lloró en secreto de alegría, y le tomó sincero afecto al tonelero quien, por lo demás, la explotó feudalmente. Nanon lo hacía todo: cocinaba, hacía la colada, iba a lavar la ropa al Loira, la cargaba sobre sus hombros...; se levantaba con el día, se acostaba tarde; hacía la comida de todos los vendimiadores durante la recolección, vigilaba a los racimadores; defendía como un perro fiel los intereses de su amo; por último, llena de una ciega confianza en él, obedecía sin murmurar sus más absurdos caprichos.

El año 1811, en el cual la recolección costó inauditos trabajos, y después de veinte años de servicios, Grandet decidió regalar su viejo reloj a Nanon; éste fue el único presente que recibió la sirvienta de su señor. Pues aunque le cedía sus zapatos viejos —a ella le venían bien—, es imposible considerar como un regalo unos zapatos tan sumamente usados que Nanon sólo podía llevarlos un trimestre. La necesidad hizo a la pobre muchacha tan avara que Grandet acabó por quererla como se quiere a un perro, y Nanon se había dejado poner al cuello un collar provisto de pinchos que ya no la herían.

Si Grandet cortaba el pan con excesiva parquedad, ella no se quejaba y participaba alegremente de las ventajas higiénicas que procuraba el severo régimen de la casa, donde nunca nadie estaba enfermo. Además, Nanon formaba parte de la familia; reía cuando reía Grandet, se entristecía, se helaba, se calentaba y trabajaba cuando lo hacía él. ¡Cuántas dulces compensaciones en esta igualdad! Nunca el amo había reprochado a la sirvienta el

albaricoque, el melocotón, las ciruelas o los grifones que se hubiera comido bajo los árboles.

—Anda, regálate, Nanon —le decía en los años en que las ramas se doblaban bajo el peso de los frutos y los colonos se veían obligados a dárselos a los cerdos.

Para una muchacha que en su juventud no había recibido más que malos tratos, para una pobre recogida por caridad, la risa equívoca del tío Grandet era un verdadero rayo de sol. Además, el corazón simple y la estrecha mente de Nanon no podían contener más que un sentimiento y una idea. Desde hacía treinta y cinco años se veía siempre llegando al taller del señor Grandet con los pies descalzos, harapienta, y oía al tonelero que le decía: «¿Qué quiere usted, hija mía?» Y su gratitud se conservaba siempre viva.

A veces, Grandet, pensando que esta pobre criatura nunca había oído la menor palabra amable, que ignoraba todos los sentimientos dulces que la mujer inspira, y podía un día comparecer ante Dios más casta aún que la Virgen María, Grandet, movido de compasión, decía mirándola:

—¡Pobre Nanon!

Su exclamación era siempre seguida de una mirada indefinible que le lanzaba la vieja criada. Estas palabras, dichas de vez en cuando, formaban desde hacía mucho tiempo una cadena de amistad ininterrumpida, y cada una de esas exclamaciones era como un nuevo eslabón que se añadía a la cadena. Aquella compasión nacida en el corazón de Grandet y aceptada de grado por la mujer, tenía algo de horrible. Aquella atroz compasión de avaro que despertaba mil placeres en el corazón del viejo tonelero, era para Nanon el colmo de la felicidad. ¡Quién no dirá también: «pobre Nanon»! Dios reconocerá a sus ángeles por las inflexiones de sus voces y por sus misteriosos sentimientos.

Había en Saumur una gran cantidad de casas donde las criadas estaban mejor tratadas, y en cambio sus amos no recibían agradecimiento alguno. De ahí que a menudo se escuchase esta frase:

—¿Qué harán los Grandet a la gran Nanon para que les sea tan fiel? ¡Sería capaz de arrojarle al fuego por ellos!

La cocina, cuyas ventanas de reja daban al patio, estaba siempre limpia, ordenada, fría, verdadera cocina de avaro en la que nada debe perderse. En cuanto Nanon había fregado los cacharros, guardado los restos de la comida y apagado el fuego, salía de la cocina, que estaba separada de la sala por un pasillo, y se iba a hilar cáñamo junto a sus amos. Una sola bujía bastaba a la familia para la velada. La sirvienta se acostaba al fondo de aquel pasillo, en un cuchitril iluminado por la claridad que daba un ventanuco. Su robusta salud le permitía poder habitar impunemente aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido en medio del profundo silencio que día y noche reinaba en la casa. Como un perro al servicio de la policía, Nanon tenía que dormir con el oído alerta y descansar mientras vigilaba.

La descripción de las restantes partes de la casa se encontrará unida a los sucesos de esta historia; pero el croquis de la sala donde resplandecía todo el lujo de la casa puede hacer sospechar de antemano la desnudez de los pisos superiores.

En 1819, al oscurecer de un día de mediados del mes de noviembre, la gran Nanon encendió el fuego por primera vez. El otoño había sido muy hermoso. Este era un día de fiesta bien conocido por los cruchotistas y los grassinistas. Los seis antagonistas se preparaban para acudir, con todas sus armas, a encontrarse en la sala y competir allí en demostraciones de amistad.

Por la mañana, todo Saumur había visto a la señora y a la señorita Grandet, acompañadas de Nanon, ir a la iglesia parroquial a oír misa, y todo el mundo había recordado que este día era el aniversario del nacimiento de la señorita Eugénie. Por esta razón, calculando la hora en que terminaría la comida, el notario Cruchot, el padre Cruchot y el señor C. de Bonfons se apresuraron a llegar antes que los Grassins para felicitar a la señorita Grandet. Los tres llevaban enormes ramos de flores cogidas en sus propios invernaderos. Los tallos de las flores que el presidente había de entregarle iban cuidadosamente envueltos en un lazo de raso blanco adornado con flecos de oro.

Por la mañana, el señor Grandet, siguiendo su costumbre de los días memorables del cumpleaños y del santo de Eugénie, había ido a sorprenderla en la cama y le había ofrecido solemnemente su regalo paternal, que consistía, desde hacía trece años, en una curiosa moneda de oro.

La señora Grandet regalaba ordinariamente a su hija un vestido de invierno o de verano, según la circunstancia. Aquellos dos vestidos y las monedas de oro que recibía el día de Año Nuevo y el día del santo de su padre constituían para ella una renta de cerca de cien escudos, que iba acumulando con la complacencia de Grandet. No hacía más que sacar el dinero de una caja y meterlo en otra, y cultivar la avaricia de su heredera, a quien a veces pedía cuenta de su tesoro, que los Bertelliére habían colaborado a incrementar. Y le decía:

—Esto será el *douzain* de tu matrimonio.

El *douzain* era un antiguo uso que todavía está en vigor y se conserva santamente en algunas regiones del centro de Francia. Cuando una muchacha se casa en Berry o en Anjou, su familia o la del marido deben darle una bolsa que contiene, según las fortunas, doce monedas, doce docenas o doce

centenares de monedas de plata o de oro. La más pobre de las pastoras no se casaría sin su *douzain* aunque no estuviera compuesto más que de ocha-vos. Aún se habla en Issoudun de un *douzain* ofrecido a una rica heredera que contenía ciento cuarenta y cuatro portuguesas de oro. El papa Clemente VII, tío de Catalina de Médicis, le regaló al casarla con Enrique II una docena de medallas de oro antiguas de enorme valor.

Durante la comida, el padre de Eugénie, feliz de ver a su hija tan hermosa con su vestido nuevo, había exclamado:

—Ya que es el santo de Eugénie, encendamos el fuego, eso nos traerá suerte.

—La señorita se casará este año, seguro —dijo la gran Nanon mientras llevaba los restos de una oca, que es el faisán de los toneleros.

—No veo ningún partido para ella en Saumur —respondió la señora Grandet, mirando a su marido con un aire tímido que, a su edad, demostraba la absoluta esclavitud conyugal a que estaba sometida la pobre mujer.

Grandet contempló a su hija y exclamó alegremente:

—Hoy cumple veintitrés años la niña; pronto habrá que ocuparse de ella.

Eugénie y su madre intercambiaron en silencio una mirada de inteligencia.

La señora Grandet era una mujer seca y flaca como un membrillo, torpe y lenta; una de esas mujeres que parecen hechas para ser tiranizadas. Tenía los huesos grandes, una gran nariz, una gran frente, grandes ojos, y ofrecía, a primera vista, una vaga semejanza con esos frutos ressecos que ya no tienen ni sabor ni jugo. Tenía los dientes negros y escasos, la boca arrugada y la barbilla ganchuda. Era una excelente mujer, una verdadera Bertellière. El padre Cruchot sabía encontrar oca-

siones para decirle que no había estado demasiado mal, y ella se lo creía. Una dulzura angélica, una resignación de insecto atormentado por los niños, una devoción poco corriente, una inalterable serenidad de alma y su buen corazón hacían que fuese universalmente compadecida y respetada. Su marido no le daba nunca más de seis francos a la vez para sus escasos gastos. Aunque ridícula en apariencia, esta mujer, que con su dote y sus herencias había aportado al señor Grandet más de trescientos mil francos, se había sentido siempre tan humillada por una dependencia y un ilotismo contra los cuales la bondad de su alma le impedía rebelarse, que jamás había pedido un céntimo, ni había hecho una observación sobre las actas que *maître* Cruchot le daba a firmar. Este secreto y estúpido orgullo, esta nobleza de alma constantemente desconocida y herida por Grandet dominaba la conducta de aquella mujer.

La señora Grandet llevaba invariablemente un vestido de sarga verdosa, que acostumbraba a durarle un año; igualmente usaba una gran toquilla blanca de algodón, un sombrero de paja cosida y un delantal de tafetán negro que casi nunca se quitaba. Como salía poco de casa, apenas gastaba zapatos. En fin, nunca necesitaba nada para ella.

Así pues, Grandet, a veces, al acordarse del tiempo que hacía que no había dado seis francos a su mujer, sentía remordimientos y estipulaba una cierta cantidad para alfileres sobre la venta de las cosechas del año. Los cuatro o cinco luises que ofrecían el holandés o el belga compradores de la vendimia de Grandet, constituían la más limpia de las rentas anuales de la señora Grandet.

Pero cuando recibía sus cinco luises, su marido le decía a menudo, como si la bolsa fuese común: «¿Tienes algún dinero suelto que prestarme?» Y la pobre mujer, feliz de poder hacer algo por un

hombre que su confesor le presentaba como su dueño y señor, le devolvía, a lo largo del invierno, algunos escudos del dinero de sus alfileres.

Cuando Grandet sacaba de su bolsillo la moneda de cien francos asignada mensualmente para los gastos menudos, hilo, agujas y el tocado de su hija, no dejaba nunca de decir a su mujer, después de haberse abrochado el chaleco:

—Y tú, mujer, ¿quieres algo?

—No sé, no sé, ya veremos —respondía la señora Grandet, animada por un sentimiento de dignidad maternal.

¡Sublimidad inútil! Grandet se creía muy generoso con su mujer. Los filósofos que conocen a seres como Nanon, la señora Grandet y Eugénie, ¿no tienen derecho a creer que la ironía es el carácter esencial de la Providencia?

Después de aquella comida en que por primera vez se trató de la boda de Eugénie, Nanon fue a buscar una botella de licor de casis a la habitación del señor Grandet y al bajar estuvo a punto de caerse.

—Tonta, más que tonta —le dijo su amo—, ¿es que tú también te vas a caer como cualquiera?

—Señor, es este peldaño de la escalera que está suelto.

—Tiene razón —dijo la señora Grandet—, hace tiempo que deberías haber mandado arreglarlo. Ayer Eugénie por poco se tuerce un pie.

—Anda —dijo Grandet a Nanon, al verla muy pálida—, como hoy es el cumpleaños de Eugénie y tú has estado a punto de caerte, toma un vasito de licor de casis para reponerte.

—A fe que me lo he ganado —dijo Nanon—. En mi lugar cualquiera hubiera roto la botella; pero yo antes me habría roto el codo para sostenerla en el aire.

—¡Pobre Nanon! —dijo Grandet, sirviéndole el licor.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Eugénie, mirándola con interés.

—No, porque me he sostenido con los riñones.

—Bueno, como es el cumpleaños de Eugénie —dijo Grandet—, voy a arreglaros ese escalón, ya que no sabéis poner el pie en el sitio del rincón donde aún está sólido.

Grandet cogió el candil, dejó a su mujer, a su hija y a la sirvienta sin más luz que la de las vivas llamas que lanzaba el fuego del hogar, y fue al desván a buscar unas tablas, clavos y herramientas.

—¿Quiere que le ayude? —gritó Nanon al oírle golpear en la escalera.

—No, no, de eso entiendo mucho —respondió el antiguo tonelero.

Mientras Grandet estaba reparando él mismo su carcomida escalera y silbaba con todas sus fuerzas recordando los años de su juventud, los tres Cruchot llamaron a la puerta.

—¿Son ustedes, señor Cruchot? —preguntó Nanon, mirando por la rejilla.

—Sí —respondió el presidente.

Nanon abrió la puerta, y el resplandor del fuego que se reflejaba en el techo permitió a los tres Cruchot distinguir la entrada de la sala.

—¡Ah! Vienen ustedes a celebrar la fiesta —les dijo Nanon al oler las flores que traían.

—Dispénsenme, señores —gritó Grandet, reconociendo la voz de sus amigos—, en seguida soy con ustedes. Estoy avergonzado, me cogen ustedes apañando yo mismo un peldaño de la escalera.

—Siga usted, siga, señor Grandet. En su casa cada cual hace lo que quiere —dijo sentenciosamente el presidente, riéndose solo de su alusión que nadie comprendió.

La señora y la señorita Grandet se levantaron. El presidente, aprovechando la oscuridad, dijo entonces a Eugénie:

—Permítame, señorita, que en el día de hoy le desee que cumpla muchos años con la felicidad y la salud de que ahora goza.

Y le ofreció un gran ramo de flores raras en Saumur; luego, tomando a la heredera por los codos, la besó a ambos lados del cuello, con una complacencia que avergonzó a Eugénie. El presidente, que tenía el aspecto de un gran clavo oxidado, creía que de este modo le hacía la corte.

—No se molesten —dijo Grandet, entrando—. ¡Cómo las gusta usted los días de fiesta; señor presidente!

—Con la señorita, todos los días serían de fiesta para mi sobrino —replicó el padre Cruchot, armado de su ramillete.

El clérigo besó la mano de Eugénie. Y el *maître* Cruchot besó castamente a la muchacha en las mejillas, y le dijo:

—¡Cómo vamos creciendo! Cada año doce meses...

Volviendo a colocar la luz delante del reloj de pared, Grandet, que cuando una obra le parecía ingeniosa la repetía hasta la saciedad, dijo:

—Como es el santo de Eugénie, encendamos las antorchas.

Y, dicho esto, quitó con cuidado los brazos de los candelabros, puso la arandela a cada pedestal, tomó de las manos de Nanon una vela nueva que tenía arrollada una tira de papel, la fijó en el agujero, la encendió y fue a sentarse al lado de su mujer, mirando alternativamente a sus amigos, a su hija y a los dos candelabros. El padre Cruchot, que era un hombrecillo regordete y rechoncho, con una peluca roja y aplastada y cara de vieja avisada, dijo, mientras ponía en primer término sus

pies bien calzados con fuertes zapatos de hebillas de plata:

—¿No han venido los Grassins?

—Todavía no —dijo Grandet.

—Pero ¿van a venir? —preguntó el viejo notario, haciendo una mueca con su cara agujereada como una espumadera.

—Creo que sí —respondió la señora Grandet.

—¿Ha terminado ya la vendimia? —preguntó el presidente De Bonfons a Grandet.

—Sí, por todas partes —le contestó el viejo vinatero, levantándose para pasearse de un extremo a otro de la sala y alzando el tórax con un movimiento tan lleno de orgullo como sus palabras—. ¡Por todas partes!

Por la puerta del pasillo que conducía a la cocina, vio entonces a la gran Nanon, sentada junto al fuego, que había dispuesto una luz para hilar allí y no mezclarse en la fiesta.

—Nanon —le dijo, avanzando por el pasillo—, ¿quieres apagar el fuego y la luz y venir con nosotros? ¡La sala es bastante grande para todos!

—Pero, señor, son personas de cumplido.

—¿Es que no vales tú tanto como ellos? Son hijos de Adán, igual que tú.

Grandet volvió luego hacia donde estaba el presidente, y le dijo:

—¿Ha vendido usted su cosecha?

—Desde luego que no, la quiero guardar. Pues si ahora el vino es bueno, dentro de dos años será mejor. Los propietarios, usted lo sabe bien, se han juramentado para mantener los precios convenidos, y este año los belgas no van a poder más que nosotros. Si se van, ya volverán.

—Sí, pero andemos con ojo —dijo Grandet con un tono de voz que hizo temblar al presidente.

«¿Estará acaso él en tratos para vender?», pensó Cruchot.

En aquel momento, un aldabonazo anunció a la familia Grassins, y su llegada interrumpió una conversación iniciada entre la señora Grandet y el cura.

La señora Des Grassins era una de esas mujeres pequeñas, regordetas, blancas y sonrosadas, que, gracias al régimen claustral de las provincias, y a los hábitos de una vida virtuosa, se conservan aún jóvenes a los cuarenta años. Son como las últimas rosas del otoño, gratas a la vista, pero cuyos pétalos tienen como una especie de frialdad y cuyo perfume se ha extinguido. Dicha señora se vestía bastante bien, encargaba sus modelos a París, marcaba la pauta de la moda en la ciudad de Saumur, y daba reuniones en su casa.

Su marido, antiguo contramaestre de la guardia imperial, gravemente herido en Austerlitz, y ya retirado, conservaba, a pesar de su consideración por Grandet, la aparente franqueza de los militares.

—Buenas tardes, Grandet —dijo al vinatero, tendiéndole la mano y efectuando una especie de superioridad que siempre dejaba abrumados a los Cruchot—. Señorita —dijo a Eugénie, después de haber saludado a la señora Grandet—, es usted tan bonita y tan discreta que no sé, en realidad, lo que puedo desearle.

Y, dicho esto, le entregó una cajita que llevaba su criado y que contenía un brezo de El Cabo, flor recién llegada a Europa y muy rara.

La señora Des Grassins besó muy afectuosamente a Eugénie, le estrechó la mano y le dijo:

—Adolphe trae un pequeño recuerdo.

Un joven alto, rubio, pálido y delgado, de maneras distinguidas, tímido en apariencia, pero que se había gastado en París —de donde acababa de llegar después de haber hecho allí sus estudios de Derecho— una suma de ocho o diez mil francos además de su pensión, se acercó a Eugénie, la besó

en ambas mejillas y le ofreció un costurero, con los utensilios de plata sobredorada. Era una verdadera baratija, a pesar de que el escudo, que tenía grabadas una E. y una G. góticas, podía hacer creer que se trataba de una labor muy fina.

Al abrirlo, Eugénie experimentó una de esas alegrías completas e inesperadas que hacen sonrojarse, estremecerse y temblar de placer a las muchachas. Volvió los ojos hacia su padre, como para preguntarle si le estaba permitido aceptarlo, y el señor Grandet pronunció un «¡Tómalo, hija mía!», con un acento que hubiera hecho famoso a un actor.

Los tres Cruchot se quedaron estupefactos al ver la mirada alegre y animada que la heredera, maravillada por semejantes riquezas, lanzó a Adolphe des Grassins. El señor Des Grassins ofreció a Grandet una toma de rapé, se sirvió él a su vez, sacudió las briznas que le habían caído en la cinta de la Legión de Honor, que llevaba enganchada en el ojal de su levita azul, y después miró a los Cruchot con un aire que parecía decir: «¡A ver si me paran esta estocada!»

La señora Des Grassins dirigió la mirada hacia los jarrones azules donde estaban los ramos de flores de los Cruchot, buscando sus regalos con la fingida buena fe de una mujer burlona. En esta coyuntura delicada, el padre Cruchot dejó que la concurrencia fuera a sentarse en círculo junto al fuego y fue a pasearse al fondo de la sala con Grandet. Cuando los dos viejos estuvieron junto a la ventana más alejada de los Grassins, el sacerdote dijo al oído del avaro:

—Esta gente tira el dinero por la ventana.

—¿Y qué más da, si viene a parar a mi bodega? —replicó el viejo vinatero.

—Si usted quisiera regalar unas tijeras de oro a su hija, no le faltarían los medios —dijo el cura.

—Le doy cosas mejores que unas tijeras —respondió Grandet.

«Mi sobrino es un estúpido —pensó el cura mientras miraba al presidente y contemplaba la escasa gracia de su fisonomía morena, enmarcada por una cabellera desgreñada—. ¿No podía haber buscado una tontería que tuviera algún valor?»

—Vamos a hacer la partida, señora Grandet —dijo la señora Des Grassins.

—Como estamos todos reunidos podemos formar dos mesas...

—Ya que es el cumpleaños de Eugénie, haced una lotería general —dijo el tío Grandet—; así podrán jugar estos dos jóvenes.

El viejo tonelero, que nunca participaba en ningún juego, señaló a su hija y a Adolphe.

—Vamos, Nanon, pon las mesas.

—Vamos a ayudarla, señorita Nanon —dijo alegremente la señora Des Grassins, que estaba radiante por la alegría que había causado a Eugénie.

—En mi vida he estado tan contenta —dijo la heredera—. Nunca había visto nada tan bonito.

—Ha sido Adolphe quien lo ha traído y quien lo ha elegido —le dijo la señora Des Grassins al oído.

«¡Maquina, maquina, condenada intrigante! —se decía el presidente—. Si alguna vez tu marido o tú tenéis un pleito, buen trabajo os costará ganarlo.»

El notario, sentado en su rincón, miraba al sacerdote con aire tranquilo, diciéndose: «Ya pueden hacer lo que quieran los Des Grassins; mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino ascienden en total a un millón cien mil francos. Los Des Grassins a lo sumo la mitad, y además tienen una hija. Ya pueden ofrecer lo que quieran, tanto la heredera como los regalos serán nuestros un día.»

A las ocho y media de la tarde dos mesas estaban dispuestas. La señora Des Grassins había lo-

grado poner a su hijo al lado de Eugénie. Los actores de esta escena llena de interés, aunque vulgar en apariencia, provistos de cartones con cifras y dibujos, y de fichas de vidrio azul, parecían escuchar las bromas del viejo notario, que no sacaba un número sin hacer un comentario; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet.

El viejo tonelero contemplaba vanidosamente las plumas color de rosa, el fresco tocado de la señora Des Grassins, la expresión marcial del banquero, los rostros de Adolphe, del presidente, del cura y del notario, y se decía para sus adentros: «Están aquí por mis escudos, y vienen a aburrirse por mi hija. Pues mi hija no será ni para unos ni para otros y, por otra parte, todos ellos me sirven de anzuelos para pescar.»

Aquella alegría familiar en el viejo salón gris, mal iluminado por dos candelabros; aquellas risas, acompañadas por el ruido de la rueda de la gran Nanon, y que no eran sinceras más que en los labios de Eugénie o en los de su madre; aquella mezquindad unida a intereses tan grandes, aquella muchacha que, al igual que esos pájaros víctimas del alto precio que se les señala y que ellos ignoran, se encontraba acorralada y agobiada por falsas pruebas de amistad que sólo a ella engañaban; todo contribuía a presentar una escena tristemente cómica. Pero ¿no es ésta una escena de todos los tiempos y de todos los lugares, aunque aquí la veamos reducida a su más simple expresión? El rostro de Grandet, explotando el falso cariño de las dos familias y sacando de él enormes beneficios, dominaba aquel drama y lo iluminaba. Era el único dios moderno al que se tiene fe, el Dinero Omnipotente, expresado en una sola fisonomía.

Los dulces sentimientos de la vida no ocupaban aquí más que un lugar secundario; animaban tres corazones puros, el de Nanon, el de Eugénie y el de

su madre. ¡Y cuánta ignorancia había en su ingenuidad! Eugénie y su madre no sabían nada de la fortuna de Grandet, no juzgaban las cosas de la vida más que a la luz de sus cortas ideas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero, acostumbradas como estaban a pasarse sin él. Sus sentimientos, heridos sin que ellas mismas se dieran cuenta, pero vivaces, y el secreto de su existencia, hacían que fueran ellas dos excepciones curiosas en aquella reunión de gentes cuya vida era puramente material. ¡Espantosa condición la humana! No hay ni una de sus venturas que se deba a la ignorancia.

En el momento que la señora Grandet ganaba un lote de dieciséis monedas, el más considerable que se había apuntado en aquella sala, y mientras la gran Nanon reía a sus anchas al ver a su señora embolsándose aquella cuantiosa suma, retumbó en la puerta un aldabonazo, y produjo tal ruido que las mujeres saltaron en sus sillas.

—No puede ser nadie de Saumur quien llama así —dijo el notario.

—¿Qué manera de llamar es ésa? —dijo Nanon—. ¿Es que quieren echar la puerta abajo?

—¿Qué diablos es eso? —exclamó Grandet.

Nanon tomó uno de los candelabros y fue a abrir, acompañada de Grandet.

—¡Grandet, Grandet! —exclamó su mujer, que, impulsada por un vago sentimiento de miedo, se precipitó a la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron.

—¿Y si fuéramos? —dijo el señor Des Grassins—. Ese aldabonazo me da mala espina.

Apenas hubo dicho estas palabras, el señor Des Grassins pudo distinguir la figura de un joven acompañado de un mozo de postas que llevaba dos baúles enormes y arrastraba unos sacos de viaje. Grandet se volvió bruscamente hacia su mujer y le dijo:

—Señora Grandet, sigan ustedes con su lotería. Déjenme a mí entenderme con el señor.

Y a continuación cerró enérgicamente la puerta de la sala, y los jugadores, inquietos, se sentaron de nuevo en sus sitios, pero sin continuar el juego.

—¿Es alguien de Saumur, señor Des Grassins? —le preguntó su mujer.

—No, es un viajero.

—No puede venir más que de París.

—En efecto —dijo el notario, sacando su viejo reloj de dos dedos de grueso, que parecía un caldero holandés—, son las nueve. ¡Diablos! La diligencia del Grand Bureau nunca llega tarde.

—¿Y es joven ese señor? —preguntó entonces el padre Cruchot.

—Sí —respondió el señor Des Grassins—. Trae un equipaje que debe pesar lo menos trescientos quilos.

—Nanon no viene —dijo Eugénie.

—Tiene que ser algún pariente de ustedes —dijo el presidente.

—Vamos a hacer las puestas —exclamó con suavidad la señora Grandet—. Por su voz he visto que el señor Grandet estaba contrariado; quizá no le agrade darse cuenta de que hablamos de sus asuntos.

—Señorita —dijo Adolphe a su vecina—, sin duda será su primo Grandet, un joven apuesto que conocí en el baile del señor Nucingen.

Adolphe no continuó, su madre le dio un pisotón; luego, al pedirle dos sueldos para su puesta, le dijo al oído:

—¿Quieres callarte, so tonto?

En aquel momento Grandet entró sin la gran Nanon, y se pudieron oír resonar en la escalera los pasos de ésta y los del mozo. Grandet venía seguido del viajero que desde hacía unos instantes excitaba tanto la curiosidad y preocupaba tan viva-

mente las imaginaciones, que su llegada a aquella casa y su caída en medio de aquel mundo podía ser comparada a la de un caracol en una colmena, o a la entrada de un pavo real en un oscuro corral de aldea.

—Siéntate junto al fuego —le dijo Grandet.

Antes de sentarse, el joven forastero saludó amablemente a la reunión. Los hombres se levantaron para responder con una cortés inclinación, y las mujeres hicieron una reverencia ceremoniosa.

—Tendrá usted frío, ¿verdad, caballero? —le dijo la señora Grandet—. ¿Viene usted quizá de...?

—¡Las mujeres siempre son iguales! —dijo el viejo vinatero, interrumpiendo la lectura de una carta que tenía en la mano—; dejen al señor que descanse.

—Pero, padre, a lo mejor el señor necesita algo —dijo Eugénie.

El desconocido fue el único a quien sorprendió aquella escena. Las demás personas estaban hechas a las maneras despóticas del viejo. Sin embargo, una vez que se hubieron cruzado aquellas dos preguntas y aquellas dos respuestas, el desconocido se levantó, se puso de espaldas al fuego, y, levantando uno de sus pies para calentar la suela de sus botas, dijo a Eugénie:

—Se lo agradezco, prima, ya he cenado en Tours. —Y añadió, mirando a Grandet—: No necesito nada, ni siquiera estoy cansado.

—¿Viene usted de la capital? —le preguntó la señora Des Grassins.

Charles, que así se llamaba el hijo del señor Grandet de París, al oír que se dirigían a él, cogió el monóculo que con una cadena colgaba de su cuello, lo aplicó a su ojo derecho para examinar lo que había sobre la mesa y las personas que estaban sentadas alrededor, escrutó de modo imperti-

nente a la señora Des Grassins, y le dijo, después de haberlo visto todo:

—Sí, señora. —Y añadió—: Tía, veo que están ustedes jugando a la lotería; continúen, por favor; no interrumpen un juego tan divertido.

«Estaba segura de que era el primo», pensaba la señora Des Grassins, lanzándole miradas furtivas.

—¡Cuarenta y siete! —gritó el anciano cura—. Marque usted, señora Des Grassins, ¿no es acaso su número?

El señor Des Grassins puso un ficha sobre el cartón de su mujer, la cual, abrumada por tristes presentimientos, observaba alternativamente al primo de París y a Eugénie, sin pensar en la lotería. De vez en cuando la joven heredera lanzaba furtivas miradas a su primo, y la mujer del banquero pudo descubrir en ellas un crescendo de asombro o de curiosidad.

EL PRIMO DE PARIS

El señor Charles Grandet, guapo joven de veintidós años, producía en aquel momento un singular contraste con los buenos provincianos, a quienes sus modales aristocráticos ya empezaban a irritar, y que todos estudiaban para burlarse luego de él. Esto requiere una explicación.

A los veintidós años los jóvenes están aún lo suficientemente cerca de la infancia como para cometer niñerías. Así pues, con toda probabilidad, de cien muchachos de esta edad, noventa y nueve se hubieran conducido de la misma manera que lo hacía Charles Grandet. Algunos días antes de la velada referida, su padre le había dicho que fuera a pasar unos meses a casa de su hermano de Saumur. Quizás el señor Grandet de París pensaba en Eugénie. Charles, que iba a la provincia por primera vez, pensó presentarse como un joven de moda, deslumbrar a la gente con su lujo, hacer época e importar a la provincia los inventos de la vida parisiense. En una palabra, quería dedicar más tiempo en Saumur que en París al cuidado de sus uñas, y afectar un excesivo rebuscamiento en el cuidado de su persona, que a veces un joven

elegante descuida con un abandono que no carece de gracia.

Charles llevó, pues, el traje de caza más bonito, el más bonito fusil, el más bonito cuchillo, la más bonita vaina. Llevó su colección de chalecos de fantasía: los tenía grises, blancos, negros, de color escarabajo con reflejos dorados, a rayas, con dibujos de colores, cruzados con solapa o con cuello recto, con cuello vuelto, abrochados hasta arriba y con botones de oro. Llevó todas las variedades de cuellos y de corbatas que estaban entonces de moda. Llevó dos trajes de Buisson y su ropa interior más fina. Llevó su neceser de oro, regalo de su madre. Llevó todos sus adminículos de dandy, sin olvidar un precioso recado de escribir que le había regalado la más amable de las mujeres, para él por lo menos: una gran señora a la que él llamaba Annette, y que estaba haciendo un viaje marital y aburrido por Escocia, víctima de ciertas sospechas a las cuales no tenía más remedio que sacrificar momentáneamente su dicha; y además, era obligado, llevaba un lindo papel para escribirle una carta por quincena. Es decir, que su equipaje consistía en un cargamento de futilidades parisien- ses lo más completo que cabía, y en el cual, desde la fusta que sirve para comenzar un duelo hasta las hermosas pistolas cinceladas que lo terminan, se encontraban todos los instrumentos necesarios de que se sirve un joven ocioso para labrar su vida. Como su padre le había dicho que viajase solo y modestamente, había venido en un departamento de la diligencia reservado para él solo, muy contento de no estropear su magnífico coche de viaje, que había encargado para ir a buscar a su Annette, la gran señora que, etc..., con la cual tenía que encontrarse en junio próximo en el balneario de Baden.

Charles contaba con encontrar cien personas en casa de su tío, cazar a caballo en los bosques de su tío, y vivir, en fin, la vida de castillo. Como no creía que le iba a encontrar en Saumur, no hizo más que preguntar el camino de Froidfond; pero, al saber que estaba en la ciudad, creyó que viviría en un gran palacio. Para presentarse convenientemente en casa de su tío, ya fuera en Saumur o en Froidfond, se había puesto su equipo de viaje más coqueto, el más sencillo y rebuscado a un tiempo, el más adorable, para emplear la palabra que en aquel tiempo resumía las perfecciones especiales de una cosa o de un hombre. En Tours un peluquero le había rizado nuevamente sus hermosos cabellos castaños; también allí habíase cambiado de ropa interior y se había puesto una corbata de raso negro, que, combinada con un cuello redondo, encuadraba de manera elegante su blanco y risueño rostro. Una levita de viaje abrochada a medias le ceñía el talle, y dejaba ver un chaleco de cachemira con solapa, bajo el cual se veía un segundo chaleco blanco. Su reloj, que llevaba de modo negligente en uno de los bolsillos, estaba unido a un ojal con una cadena de oro. Su pantalón gris iba abrochado a los lados, y las costuras estaban adornadas con dibujos bordados en seda negra. Movía con gracia un bastón cuyo puño de oro labrado no alteraba en nada la limpieza de sus guantes grises. Por último, su gorra era de un gusto exquisito.

Sólo un parisiense, un parisiense de la esfera más elevada, podía presentarse así sin parecer ridículo, y conferir cierta armónica fatuidad a todas estas necedades, fatuidad que iba acompañada de un aire arrogante, el aire de un joven que tiene unas bonitas pistolas, una certera puntería y una Annette.

Ahora bien, si queréis comprender la sorpresa respectiva de los habitantes de Saumur y del joven

parisiense, ver perfectamente el vivo resplandor que la elegancia del viajero produjo en medio de las sombras grises de la sala y de las figuras que componían el cuadro familiar, tratad de imagináros a los Cruchot. Los tres tomaban rapé, y hacía ya tiempo que no se preocupaban de evitar que se les cayese la moquita, ni de sacudirse las motitas negras que salpicaban la chorrera de sus camisas rojizas, de cuellos abarquillados y pliegues amarillentos. Sus corbatas, siempre flojas, se arrollaban como cuerdas en cuanto se las ponían al cuello. La enorme cantidad de ropa que tenían y que les permitía no hacer colada más que cada seis meses y guardarla en el fondo de los armarios, era la causa de que el tiempo imprimiera en ella tintes grisáceos y avejentados. Se daba en ellos una armonía perfecta del mal gusto con la senilidad. Sus rostros, que estaban tan ajados como sus raídos trajes, tan arrugados como sus pantalones, daban la impresión de consumidos, de apergaminados, y se contraían continuamente en feas muecas.

El abandono general de los demás vestidos, todos incompletos y viejos como es costumbre en las provincias, donde insensiblemente se llega a descuidar totalmente el vestido y a escatimar el precio de un par de guantes, estaba perfectamente de acuerdo con la despreocupación de los Cruchot. El horror por la moda era el único punto en el cual los grassinistas y los cruchotistas se entendían a la perfección. Cuando el parisiense cogía su monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala —las vigas del techo, el tono de las maderas, en las cuales las moscas habían impreso tal cantidad de puntitos negros que por su número hubieran bastado para llenar la *Enciclopedia Metódica* y *El Monitor*—, los jugadores de lotería levantaban la cabeza y le miraban con la misma

curiosidad que habrían manifestado ante una jirafa. El señor Des Grassins y su hijo, para los cuales la figura de un hombre de moda no era desconocida, se asociaron sin embargo al asombro de sus vecinos, bien porque experimentasen la indefinible influencia de un sentimiento general, bien porque lo aprobasen, diciendo a sus compatriotas con miradas llenas de ironía: «Mirad cómo son en París.»

Además todos podían observar a su gusto a Charles, sin temor a desagradar al dueño de la casa. Grandet estaba absorto en la larga carta que tenía en sus manos y había cogido para leerla la única bujía de la mesa, sin preocuparse para nada de sus invitados ni de su juego. Eugénie, que ignoraba completamente la existencia de tales perfecciones en el atavío y en la persona, creyó ver en su primo a una criatura bajada de alguna región seráfica; aspiraba con fruición los perfumes que exhalaba aquella cabellera tan brillante y rizada con tanta gracia, y hubiera querido poder tocar la piel satinada de aquellos guantes tan finos y tan bonitos. Envidiaba a su primo sus manos pequeñas, su tez y la frescura y delicadeza de sus facciones. En fin, quizás esta imagen pueda resumir las impresiones que el joven elegante produjo en una muchacha ignorante que había tenido por toda ocupación zurcir medias y remendar la ropa de su padre, y cuya vida había transcurido entre aquellas mugrientas paredes sin ver pasar por la silenciosa calle más que un transeúnte cada hora; la visión de su primo hizo surgir en su corazón las emociones de suave voluptuosidad que causan en un joven las fantásticas figuras de mujeres dibujadas por Westall en las ilustraciones inglesas y grabadas por Finden con un buril tan hábil, que uno teme que al soplar en la vitela aquellas apariciones celestiales echen a volar.

—¡Ah! ¿Qué entiende usted por eso, señor cura? —preguntó el señor Des Grassins.

—Quiero decir que esto sería lo mejor para usted, para la señora, para la ciudad de Saumur y para este caballero —añadió el astuto viejo, volviéndose hacia Charles.

Aunque parecía no haber prestado la menor atención, el padre Cruchot había sabido adivinar la conversación de Charles y de la señora Des Grassins.

—Caballero —dijo por fin Adolphe a Charles, tratando de adoptar un aire desenvuelto—, no sé si usted se acordará de mí; tuve el placer de estar frente a usted en un baile dado por el barón de Nucingen, y...

—Sí, caballero, le recuerdo perfectamente —respondió Charles, sorprendido de verse objeto de las atenciones de todo el mundo—. ¿Este señor es su hijo? —preguntó a la señora Des Grassins.

El cura miró maliciosamente a la madre.

—Así es —dijo ella.

—Fue usted muy joven a París —siguió Charles, dirigiéndose a Adolphe.

—¿Qué quiere usted? Les enviamos a Babilonia apenas se les desteta.

La señora Des Grassins interrogó al clérigo, dirigiéndole una mirada de asombrosa profundidad.

—Hay que venir a la provincia —dijo, continuando— para encontrar mujeres de treinta y tantos años tan lozanas como está la señora, incluso teniendo un hijo que pronto será licenciado en Derecho. Me parece estar viendo aún cómo los jóvenes y las damiselas se subían a las sillas para verla bailar, señora —añadió el cura, volviéndose hacia su adversario femenino—. Para mí, sus éxitos son como de ayer.

«¡Oh! ¡Viejo malvado! —dijo para sus adentros la señora Des Grassins—. ¿Habrá adivinado mis intenciones?»

«Parece que tendré mucho éxito en Saumur», se decía Charles, desabrochándose la levita, poniendo la mano en el bolsillo de su chaleco y paseando la mirada en todas direcciones, para imitar la *pose* que Chantrey atribuyó a lord Byron.

La falta de atención del tío Grandet, o, mejor dicho, la preocupación en que le había sumido la lectura de la carta no se le escapó ni al notario ni al presidente, los cuales trataban de conjeturar el contenido de ella por los imperceptibles movimientos del rostro del avaro, que la vela iluminaba plenamente. El vinatero mantenía difícilmente la calma habitual de su fisonomía. Por lo demás, cualquiera podrá imaginar la actitud que adoptaría aquel hombre al leer la fatal carta que a continuación se transcribe:

«Hermano mío: Pronto hará veintitrés años que no nos hemos visto. Mi boda fue el motivo de nuestra última entrevista, después de la cual nos separamos alegremente uno de otro. En verdad, no podía ni sospechar que tú serías un día el único sostén de la familia cuya prosperidad aplaudías entonces. Cuando tengas esta carta en tus manos yo ya no existiré. En la situación en que estaba no he querido sobrevivir a la vergüenza de una quiebra.

»Me he mantenido al borde del abismo hasta el último momento, siempre con la esperanza de poder salir a flote, pero me veo obligado a caer. Las bancarrotas conjuntas de mi agente de bolsa y de Roguin, mi notario, acaban con mis últimos recursos y no me dejan nada. Tengo el dolor de deber casi cuatro millones sin poder ofrecer más que el veinticinco por ciento de activo. Mis vinos

almacenados experimentan en este momento la baja ruिनosa que causan la abundancia y la calidad de vuestras cosechas. Dentro de tres días, París dirá: "El señor Grandet es un bribón". Y yo, que soy un hombre probo, me veré cubierto por un sudario de infamia. Arrebato a mi hijo no sólo su nombre, que dejo manchado, sino también la fortuna de su madre. Este desgraciado hijo, a quien idolatro, no sabe nada de esto. Nos hemos despedido tiernamente. Él ignoraba, por fortuna, que los últimos alientos de mi vida se derramaban en este adiós. ¿No me maldecirá algún día? ¡Hermano mío, hermano mío, la maldición de los hijos es espantosa! Ellos pueden apelar de la nuestra, pero la suya es irrevocable, Grandet, tú eres mi hermano mayor, y me debes protección. ¡Haz que Charles no pronuncie ninguna palabra amarga sobre mi tumba! Hermano, si te escribiera con mi sangre y mis lágrimas, no encerraría esta carta tantos dolores; pues yo lloraría, yo sangraría, estaría muerto y no sufriría más. Pero sufro y veo la muerte con los ojos secos. Desde ahora, pues, el padre de Charles, ya que no tiene ningún pariente del lado de su madre, ya sabes por qué. ¿Por qué cedí al amor? ¿Por qué me casé con la hija natural de un gran señor? Charles no tiene más familia que tú. ¡Oh, desgraciado hijo mío! ¡Hijo mío!... Escucha, Grandet, no he venido a implorarte para mí; por otra parte, tus bienes no son quizá lo bastante considerables como para soportar una hipoteca de tres millones. Te ruego en cambio para mi hijo. Sábelo bien, hermano mío, mis manos suplicantes se unen pensando en ti. Grandet, te confío a Charles al morir, y miro mis pistolas sin dolor pensando que tú le servirás de padre. Charles me quería mucho, porque yo era tan bueno para él que no le contrariaba nunca; creo que no me maldecirá. Además tú lo verás; es bueno y ca-

riñoso, se parece a su madre, no te dará jamás un disgusto. ¡Pobre hijo mío! Acostumbrado a los placeres del lujo, no conoce ninguna de las privaciones a que nos condenó a nosotros nuestra primera miseria. ¡Y hele ahí arruinado y solo! Sí, todos sus amigos le esquivarán y seré yo la causa de sus humillaciones. ¡Ah! Querría tener el brazo bastante fuerte para enviarle de un solo golpe a los cielos, junto a su madre. ¡Locura! Vuelvo a mi desgracia, a la de Charles. Te lo he enviado para que le comuniques convenientemente mi muerte y la suerte que le espera. Sé un padre para él, pero un buen padre. No le arranques de repente de su vida ociosa, le matarías. Le pido de rodillas que renuncie a los créditos que en su calidad de heredero de su madre podría ejercer contra mí. Pero es un ruego superfluo; él es un hombre de honor y comprenderá bien que no puede unirse a mis acreedores. Haz que renuncie a mi sucesión en tiempo oportuno. Revélale las duras condiciones de vida que yo le deparo; y si me conservas algún cariño, dile en mi nombre que todo no se ha perdido para él. Sí, el trabajo que nos ha salvado a nosotros dos, puede devolverle la fortuna que yo le arrebato, y si quiere escuchar la voz de su padre que por él querría salir un momento de su tumba, que se vaya, que se vaya a las Indias. Hermano mío, Charles es un joven honrado y valeroso: tú le proporcionarás una pacotilla, él se moriría antes que dejar de devolver los primeros fondos que le prestes, pues tú se los prestarás, Grandet; si no, te crearías horribles remordimientos. ¡Ah! Si mi hijo no encontrara en ti ni socorro ni cariño, yo pediría eternamente venganza a Dios por tu crueldad. Si hubiera podido salvar algunos valores, tendría perfecto derecho de entregarle una suma a cuenta de la fortuna de su madre; pero los pagos de fin de mes agotaron todos mis recursos. No hubiera

querido morir con la duda de qué iba a ser de mi hijo, y hubiese querido sentir santas promesas en el calor de tu mano que me habría reanimado; pero me falta el tiempo. Mientras Charles viaja me veo obligado a hacer el balance. Trato de probar con la buena fe que preside mis negocios que mis desastres no han sido ni por mi culpa ni por improbidad. ¿No es esto ocuparme de Charles? Adiós, hermano mío. Que todas las bendiciones de Dios caigan sobre ti por la generosa tutela que confío y que tú aceptas, no lo dudo. Eternamente habrá una voz que rogará por ti en el mundo donde todos debemos ir un día, y donde me allo ya.

Victor-Ange-Guillaume Grandet.»

—¿Están ustedes charlando? —dijo el tío Grandet, doblando la carta con exactitud por los mismos dobleces que tenía y metiéndosela en el bolsillo del chaleco.

Miró a su sobrino con un aire humilde y temeroso bajo el cual ocultaba sus emociones y sus cálculos.

—¿Se ha calentado usted ya?

—Muy bien, querido tío.

—Pero ¿dónde están las mujeres de esta casa? —dijo el tío, olvidando ya que su sobrino iba a dormir en su casa.

En aquel momento entraron Eugénie y la señora Grandet.

—¿Ya lo habéis arreglado todo? —les preguntó el vinatero, recobrando la calma.

—Sí, padre.

—Pues bien, sobrino, si está usted cansado, Non le acompañará a su cuarto. ¡Por Dios que no será una habitación de pisaverde! Pero usted excusará a unos pobres vinateros que no tienen nunca un céntimo. Los impuestos se lo llevan todo.

—No queremos ser indiscretos, Grandet —dijo el banquero—. Tendrá usted que charlar con su sobrino, nosotros nos despedimos deseándoles muy buenas noches. Hasta mañana.

Al oír estas palabras todos se levantaron, y cada uno hizo la reverencia según su carácter. El viejo notario fue a buscar a la puerta su linterna y volvió a encenderla, ofreciéndose a los Grassins para acompañarlos. La señora Des Grassins no había previsto el incidente que debía poner prematuro término a la velada, y su criado no había llegado.

—¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar mi brazo, señora? —dijo el padre Cruchot a la señora Des Grassins.

—Gracias, señor cura, tengo a mi hijo —contestó ella secamente.

—Las damas no pueden comprometerse conmigo —dijo el clérigo.

—Da el brazo al padre Cruchot —le dijo su marido.

El sacerdote condujo a la hermosa señora con suficiente presteza para adelantar algunos pasos a la comitiva.

—Está muy bien este joven, señora —le dijo, estrechándole el brazo—. ¡Adiós nuestras ilusiones! Hay que despedirse de la señorita Grandet; Eugénie será para el parisiense. A menos que este primo no esté enamorado de una parisiense, su hijo Adolphe va a encontrar en él al rival más...

—Deje usted, señor cura. Este joven no tardará en darse cuenta de que Eugénie es una pobre tonta, una muchacha sin encanto. ¿Se ha fijado usted? Esta noche estaba más amarilla que un membrillo.

—¿Acaso se lo ha hecho ya observar al primo?

—No me he molestado en eso.

—Póngase siempre junto a Eugénie, señora, y no tendrá que decirle nada al muchacho en contra

—Señor —dijo Nanon a su amo, cuando éste volvía por segunda vez de cerrar el cuarto de la fruta—. ¿No pondrá usted una o dos veces por semana el puchero, ahora que está aquí su...?

—Sí.

—Tendré que ir a la carnicería.

—Nada de eso; nos harás caldo de gallina, los colonos te proporcionarán todas las que necesites. A propósito, voy a decirle a Cornoyller que me mate unos cuervos. Es la caza que hace el mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad, señor, que se comen los muertos?

—¡Qué tonta eres, Nanon! Comen, como todo el mundo, lo que encuentran. ¿Y acaso no vivimos nosotros de los muertos? ¿Qué otra cosa son las herencias?

El tío Grandet, como ya no tenía que dar más órdenes, sacó su reloj y, al ver que disponía de media hora antes del almuerzo, cogió el sombrero, fue a abrazar a su hija y le dijo:

—¿Quieres darte un paseo a la orilla del Loira, por mis praderas? Voy hacia allá, pues tengo que hacer una cosa.

Eugénie fue a ponerse su sombrero de paja cosida y forrado de tafetán color de rosa, y padre e hija pasaron por la tortuosa calle hasta la plaza.

—¿Adónde va usted tan de mañana? —le dijo el notario Cruchot al encontrarse con Grandet.

—A ver una cosa —respondió al hombre, que no se engañó acerca del paseo matutino de su amigo.

Cuando el tío Grandet iba a ver alguna cosa, el notario sabía por experiencia que siempre podía ganar algo si iba con él. Así, pues, le acompañó.

—Venga usted, Cruchot —dijo Grandet al notario—. Usted es amigo mío y le voy a demostrar que es una tontería plantar álamos en buenas tierras.

—Entonces, ¿no tiene usted en cuenta los sesenta mil francos que cobró por los que había en sus praderas del Loira? —dijo *maître* Cruchot, abriendo los ojos, pasmado—. ¡Tuvo usted suerte!... ¡Cortar los árboles en el momento en que faltaba madera blanca en Nantes y venderlos a treinta francos!

Eugénie escuchaba sin saber que se acercaba el momento más solemne de su vida, y que el notario iba a hacer que se pronunciase sobre ella una sentencia paternal y soberana.

Grandet había llegado a las magníficas praderas que poseía a orillas del Loira, donde treinta obreros se ocupaban en limpiar, llenar y nivelar los lugares donde había habido álamos.

—*Maître* Cruchot, vea usted el terreno que ocupa un álamo —dijo Grandet al notario—. ¡Jean —gritó a un obrero—, mi...mi...mide con la toesa en to...to...todos los sentidos!

—Cuatro veces ocho pies —respondió el obrero cuando hubo terminado.

—Treinta y dos pies de pérdida —dijo Grandet a Cruchot—. Yo tenía en esta línea trescientos álamos, ¿verdad? Ahora bien, trescientos... cien... cien... cientos veces treinta y... do...dos pie... pies me co...co...co...co... mían qui...qui... quinientos de heno; añada usted dos veces otro tanto de los lados, y son mil quinientos; las filas de en medio lo mismo. O sea que pon... pongamos mil gavillas de heno.

—Pues bien —dijo Cruchot para ayudar a su amigo—, mil haces de heno valen unos seiscientos francos.

—Di...di...dirá mil... mil... doscientos, contando los trescientos o cuatrocientos francos de ganancia. Ahora bien, cal...cal... calcule lo que...que... que dan mil...mil...dos... doscientos francos por año, du...du...durante cuarenta años, co...co...con

los in...in...intereses com...com...compuestos que us...us...usted sa...sa...sabe.

—Son sesenta mil francos —dijo el notario.

—¡Está bien! No...no...no serán más que...que... que sesenta mil francos. Pues bien —añadió el vinatorio sin tartamudear—, dos mil álamos de cuarenta años no me darán cincuenta mil francos. Hay pérdida. Yo me he dado cuenta de eso —dijo Grandet, irguiéndose como un gallo de pelea—. Jean —siguió—, llena todos los agujeros, excepto los del lado del Loira, donde plantarás los álamos que yo he comprado. Poniéndolos en el río se alimentarán a costa del gobierno —añadió, volviéndose hacia Cruchot e imprimiendo al lobanillo de su nariz un ligero movimiento que equivalía a la más irónica de las sonrisas.

—Está claro, los álamos no deben plantarse más que en tierras estériles —dijo Cruchot, estupefacto por los cálculos de Grandet.

—Sí...señor —respondió irónicamente el tonelero.

Eugénie, que contemplaba el sublime paisaje del Loira sin escuchar los cálculos de su padre, no tardó en prestar atención a las palabras de Cruchot al oír que decía a su cliente:

—Vaya, ha traído usted un yerno de París; no se habla más que de su sobrino en todo Saumur. ¿Tendré pronto que extender un contrato de matrimonio, tío Grandet?

—¿Ha...ha... sa...sa...salido usted tem...tem... temprano pa...pa...para decirme eso? —respondió Grandet, acompañando esta reflexión de un movimiento de su lobanillo—. Pues bien, ami...mí...migo, mí, le seré franco y le diré lo que us...us...usted quie...quiere sa...saber. Preferiría ti...tirar a mi hi...hi...hija al Loire que dár...dársela a su pri...primo; pue...puede anunciarlo. Mejor, no, deje ha...hablar a la gente.

Esta respuesta hizo casi desvanecerse a Eugénie. Las lejanas esperanzas que empezaban a despuntar en su corazón florecieron de repente y se realizaron y formaron un haz de flores que al momento vio ella cortadas y desparramadas por el suelo. Desde la víspera, sentirse unida a Charles por todos los lazos de felicidad que unen a las almas; en lo sucesivo el sufrimiento iba a corroborarlos. ¿No era propio del noble destino de la mujer conmoverse más por el espectáculo de la miseria que por los esplendores de la fortuna? ¿Cómo había podido extinguirse el sentimiento paterno en el fondo del corazón de su padre? ¿De qué crimen era culpable Charles? ¡Cuestiones misteriosas! Ya su amor naciente, misterio tan profundo comenzaba a rodearse de misterios. La muchacha regresó con las piernas temblorosas, y al llegar a la vieja y sombría calle, que tan alegre le había parecido antes, la encontró triste y respiró en ella la melancolía que el tiempo y las cosas le habían impreso. No le faltaba ninguna de las enseñanzas del amor.

A pocos pasos de la casa se adelantó a su padre y le esperó a la puerta, después de haber llamado. Pero Grandet, viendo en la mano del notario un periódico todavía con su faja, le dijo:

—¿Cómo están los fondos?

—Usted no me quiere hacer caso, Grandet —le respondió Cruchot—. Compre usted pronto, que todavía se puede ganar un veinte por ciento en dos años, además de crecidos intereses; cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Los fondos están a ochenta francos y cincuenta céntimos.

—Ya veremos eso —respondió Grandet, frotándose la barbilla.

—¡Dios mío! —dijo el notario, que acababa de abrir el periódico.

—¿Qué pasa? —exclamó Grandet, al mismo tiempo que Cruchot le ponía el periódico ante los ojos, diciéndole—: Lea usted este artículo.

«El señor Grandet, uno de los hombres de negocios más estimados de París, se saltó ayer la tapa de los sesos, después de haber hecho su aparición acostumbrada en la Bolsa. Antes había enviado al presidente de la Cámara de Diputados su dimisión, y había dimitido asimismo de sus funciones de juez en el Tribunal de Comercio. Las quiebras de los señores Roguin y Souchet, su agente de cambio y su notario, le habían arruinado. La consideración de que gozaba el señor Grandet y su crédito eran tales, que sin duda, hubiera encontrado apoyos en la plaza de París. Es de lamentar que ese hombre honrado haya cedido a un primer momento de desesperación, etc.»

—Ya lo sabía —dijo el anciano vinatero al notario.

Estas palabras dejaron helado el señor Cruchot, que, pese a su impasibilidad de notario, sintió frío por la espalda al pensar que el señor Grandet de París había acaso implorado en vano los millones del Grandet de Saumur.

—¿Y su hijo, que estaba tan contento ayer?...

—Aún no sabe nada —respondió Grandet con la misma calma.

—Adiós, señor Grandet —dijo Cruchot, que lo comprendió todo y fue a tranquilizar al presidente De Bonfons.

Al llegar, Grandet encontró el almuerzo preparado. La señora Grandet, que recibió el efusivo abrazo de Eugénie, efecto de su pesar secreto, estaba ya sentada en su silla de escabel y tejía unos manguitos para el invierno.

—Ya pueden comer —dijo Nanon, que bajaba las escaleras de cuatro en cuatro—, el niño duerme como un querubín. ¡Qué guapo está con los

ojos cerrados! He entrado y le he llamado, pero como si nada.

—Déjale dormir —dijo Grandet—, siempre se despertará bastante temprano para oír malas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eugénie, poniendo en su café los dos terroncitos de azúcar que pesaban un número increíblemente pequeño de gramos y que su padre se entretenía en cortar a ratos perdidos. La señora Grandet, que no se había atrevido a hacer esta pregunta, miró a su marido.

—Su padre se ha saltado la tapa de los sesos.

—¿Mi tío?... —dijo Eugénie.

—¡Pobre muchacho! —exclamó la señora Grandet.

—Sí, y tan pobre —repuso Grandet—; no posee ni un céntimo.

—Pues duerme como si fuera el rey de la tierra —dijo Nanon con acento de ternura.

Eugénie dejó de comer. Su corazón se oprimió como se oprime el corazón de una mujer cuando por primera vez la compasión, excitada por la desgracia de aquel a quien ama, se apodera por completo de su cuerpo. La muchacha lloró.

—Si no conocías a tu tío, ¿por qué lloras? —le dijo su padre, dirigiéndole una de esas miradas de tigre hambriento que debía dirigir, sin duda, a sus montones de oro.

—Pero, señor —dijo la criada—, ¿quién no sentiría lástima de ese pobre muchacho que duerme como un bendito sin conocer su suerte?

—No te hablo a ti, Nanon, deja quieta la lengua.

En aquel momento Eugénie comprendió que la mujer que ama debe siempre disimular sus sentimientos, y no respondió.

—Espero, señora Grandet —dijo el viejo, continuando—, que hasta mi vuelta no le diréis nada. Tengo que ir a alinear la zanja de los prados que

bordean la carretera. Estaré de vuelta a las doce, para el segundo almuerzo, y hablaré con mi sobrino de sus asuntos. En cuanto a ti, señorita Eugénie, si es por ese petimetre por quien lloras, ya has llorado bastante, hija mía; se irá en seguidita a las Indias, y ya no le volverás a ver...

El padre tomó los guantes del ala de su sombrero, se los puso con la calma acostumbrada, se los metió encajándose bien los dedos uno por uno, y salió.

—¡Ah! Mamá, ¡me ahogo! —exclamó Eugénie cuando estuvo sola con su madre—. Nunca he sufrido tanto.

La señora Grandet, al ver que su hija palidecía, abrió la ventana para que respirara el aire libre.

—Ya estoy mejor —dijo Eugénie después de un momento.

Aquella emoción nerviosa en una naturaleza hasta entonces tranquila y fría en apariencia sorprendió a la señora Grandet, que miró a su hija con la intuición simpática de que están dotadas las madres para el objeto de su ternura, y lo adivinó todo. En verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras¹ unidas la una a la otra por error de la naturaleza, no había sido más íntima que la de Eugénie y su madre, siempre juntas en aquel alféizar de la ventana, juntas en la iglesia, y durmiendo juntas y respirando el mismo aire.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Grandet, tomando la cabeza de Eugénie para apoyarla contra su seno.

A estas palabras, la muchacha levantó la cabeza, dirigió una mirada interrogante a su madre, escrutó sus pensamientos secretos, y le dijo:

1. Dos hermanas necidas en Hungría en 1701 y muertas en 1723, que estaban unidas exteriormente por las nalgas y la región lumbar.

—¿Por qué mandarle a las Indias? Si es desgraciado, ¿no debe acaso quedarse aquí? ¿No es nuestro pariente más próximo?

—Sí, hija mía, eso sería lo natural; pero tu padre tiene sus razones y nosotras debemos respetarlas.

La madre y la hija se sentaron en silencio una en su escabel y la otra en su silloncito; y las dos reanudaron su labor.

Conmovida de agradecimiento por la admirable comprensión que le había testimoniado su madre, Eugénie le besó la mano, diciéndole:

—¡Qué buena eres, mamá querida!

Estas palabras hicieron que resplandeciera el rostro maternal marchito por tan largos dolores.

—¿A ti él te parece bien? —le preguntó Eugénie.

La señora Grandet no respondió más que con una sonrisa; luego, después de un momento de silencio, dijo en voz baja:

—¿Acaso ya le amas? Harías mal.

—¿Mal? —repuso Eugénie—. ¿Por qué? Te gusta a ti y también le gusta a Nanon, ¿por qué no me iba a gustar a mí? Anda, mamá, vamos a poner la mesa para su almuerzo.

La joven dejó su labor, la madre hizo otro tanto, exclamando:

—¡Estás loca!

Pero se complació en justificar la locura de su hija compartiéndola.

Eugénie llamó a Nanon.

—¿Qué quiere usted, señorita?

—Nanon, ¿habrá crema para el mediodía?

—¡Ah!, para el mediodía, sí —respondió la vieja criada.

—Pues bien, dale café fuerte; he oído decir al señor Des Grassins que en París se hace el café muy fuerte. Ponle mucho.

—¿Y de dónde quiere usted que lo saque?

una cierva asustada. Hubo un terror pánico que a Charles extrañó sin que pudiera explicárselo.

—¿Qué les pasa? —les preguntó.

—Ya está aquí mi padre —dijo Eugénie.

—¿Y qué?...

El señor Grandet entró y lanzó su astuta mirada sobre la mesa y sobre Charles, y lo vio todo.

—¡Ah!, ¡ah! ¿Habéis agasajado al sobrino? Está bien, está muy bien —dijo sin tartamudear—. Cuando el gato corre por los tejados, los ratones bailan en el suelo.

«Agasajado?...», se dijo Charles, incapaz de sospechar el régimen y las costumbres de aquella casa.

—Dame mi vaso, Nanon —dijo el anciano.

Eugénie le llevó el vaso. Grandet sacó de su bolsillo una navaja de asta con la hoja bien ancha, cortó una rebanada de pan, cogió un poco de mantequilla, la extendió cuidadosamente, y se puso a comer de pie. En aquel momento, Charles se echaba azúcar en el café. El tío Grandet vio los terrones de azúcar, miró a su mujer, que palideció, y dio tres pasos; e inclinándose al oído de la pobre vieja, le dijo:

—¿De dónde habéis sacado todo ese azúcar?

—Como no había, Nanon ha ido a buscarlo a casa de Fessard.

Es imposible figurarse el profundo interés que esta escena muda tenía para las tres mujeres. Nanon había dejado la cocina y miraba a la sala para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Charles, que había probado su café, lo encontró demasiado amargo y buscó el azúcar que ya Grandet había recogido.

—¿Qué busca usted, sobrino? —le dijo el avaro.

—El azúcar.

—Póngale leche a su café y se endulzará —respondió el dueño de la casa.

Eugénie sacó el platillo del azúcar, que Grandet había recogido ya, y lo puso sobre la mesa contemplando a su padre con toda calma. La parisienne que para facilitar la fuga de su amante sostiene con sus débiles brazos una escala de seda, no demuestra ciertamente más valor que el desplegado por Eugénie al colocar el azúcar sobre la mesa. El amante recompensará a su amada, la cual le mostraba orgullosa un hermoso brazo lastimado, y él lo bañará con lágrimas, con besos, lo curará con placer; mientras que Charles nunca llegaría a conocer el secreto de las profundas agitaciones que detrozaban el corazón de su prima, en aquel momento fulminada por la mirada del viejo tonelero.

—¿Tú no comes, mujer?

La pobre esclava adelantó unos pasos, cortó sumisamente un pedazo de pan y cogió una pera. Eugénie, con gran audacia, ofreció a su padre unas uvas, diciéndole:

—Pruébalas, papá. Y usted, primo, también las comerá, ¿verdad? He ido a buscar estos preciosos racimos para usted.

—¡Oh! Si las dejasen saquearían Saumur por usted, sobrino. Cuando haya terminado iremos juntos al jardín, tengo que decirle algo no precisamente azucarado.

Eugénie y su madre lanzaron una mirada a Charles, cuya expresión no pudo engañar al muchacho.

—Tío, ¿qué significan esas palabras? Desde la muerte de mi pobre madre... —y al decir esto su voz se quebró—, ya no hay posible desgracia para mí...

—Sobrino, ¿quién puede conocer las aflicciones con que Dios quiere probarnos? —le dijo su tía.

—Ta ta ta —dijo Grandet—; ya empiezan las tonterías. Sobrino, yo miro con pena estas manos tan blancas y cuidadas.

Y al decir esto mostró la especie de azuelas que la naturaleza le había puesto al extremo de los brazos.

—Éstas son unas manos hechas para amontonar escudos. A usted le han acostumbrado a meter los pies en la piel con que se fabrican las carteras donde nosotros guardamos los billetes de banco. ¡Mala cosa, mala cosa!

—¿Qué quiere usted decir, tío? Que me cuelguen si entiendo una sola palabra...

—Venga usted —dijo Grandet.

El avaro cerró de golpe su navaja, bebió el resto de su vino blanco y abrió la puerta.

—¡Valor, primo!

El acento de la muchacha heló a Charles, quien, presa de mortales inquietudes, siguió a su terrible pariente. Eugénie, su madre y Nanon se fueron a la cocina, movidas por la invencible curiosidad de espiar a los dos actores de la escena que iba a desarrollarse en el húmedo jardincillo, por el cual el tío se paseaba en silencio con el sobriño.

A Grandet no le afectaba tener que comunicar a Charles la muerte de su padre, pero experimentaba una especie de compasión de saberlo sin un céntimo, y buscaba fórmulas para dulcificar la expresión de esta cruel verdad. Decirle: «Ha perdido usted a su padre», no tenía para él ninguna importancia. Los padres se mueren antes que los hijos. Pero en las palabras: «Está usted completamente arruinado», se hallaban reunidas todas las desgracias de la tierra. El avaro daba por tercera vez la vuelta a la avenida central y la arena crujía bajo sus pies. En las grandes circunstancias de la vida, nuestra alma se siente estrechamente unida a los lugares en que nos acaecen los placeres y las desgracias. Así pues, Charles examinaba con una atención particular los detalles de

aquel jardincillo, las hojas pálidas que caían, los desconchados de las paredes, las extrañas formas de los árboles frutales, detalles todos pintorescos que habían de quedar grabados en su recuerdo y eternamente vinculados a aquel momento supremo, por virtud de una mnemotecnia propia de las pasiones.

—Hace calor, el tiempo es hermoso —dijo Grandet, aspirando el aire profundamente.

—Sí, tío... Pero ¿por qué?...

—Hijo mío —repuso el tío—, tengo que darte malas noticias. Tu padre está muy mal...

—¿Y por qué estoy yo aquí? —dijo Charles—. ¡Nanon —exclamó luego—, busque unos caballos de posta! Creo que encontraré un coche en el pueblo —añadió, volviéndose hacia su tío que permanecía inmóvil.

—Los caballos y el coche son inútiles —respondió Grandet mirando a Charles, que se quedó mudo, con los ojos fijos—. Sí, pobre hijo mío, veo que lo adivinas. Ha muerto. Pero eso no es nada, hay algo más grave, se ha levantado la tapa de los sesos...

—¿Mi padre?...

—Sí. Pero eso no es nada. Los periódicos comentan el asunto como si tuvieran derecho a ello. Ten, lee.

Grandet, que llevaba el periódico de Cruchot, puso el fatal artículo ante los ojos de Charles. En aquel momento el pobre muchacho, aún niño, aún en la edad en que los sentimientos se producen con ingenuidad, se deshizo en lágrimas.

«Vaya, vamos bien —se dijo Grandet—. Sus ojos me asustaban, pero llora, está salvado.»

—Eso no es aún nada, pobre sobrino mío —añadió Grandet en voz alta, sin saber si Charles le escuchaba—; eso no es nada, ya te consolarás; pero...

—¡Nunca, nunca! ¡Padre, padre mío, padre mío!

—Te ha arruinado, no tienes nada.

—¿Y qué me importa eso? ¿Dónde está mi padre...? ¡Mi padre!

El llanto y los sollozos retumbaban entre aquellas paredes de una manera horrible y se repetían por el eco. Las tres mujeres, llenas de compasión, lloraban, pues las lágrimas son tan contagiosas como lo puede ser la risa. Charles, sin escuchar a su tío, corrió hacia el patio, encontró la escalera, subió a su habitación y se arrojó sobre su cama ocultando la cara entre las sábanas para llorar a sus anchas lejos de sus parientes.

—Hay que dejar pasar el primer chaparrón —dijo Grandet entrando en la sala, donde Eugénie y su madre habían vuelto rápidamente a sus sitios y trabajaban con manos temblorosas tras haberse secado los ojos—. Pero ese joven es un estúpido, se ocupa más de los muertos que del dinero.

Eugénie se estremeció al oír a su padre expresarse de aquel modo ante el más sagrado de los dolores. Desde aquel momento comenzó a juzgar a su padre. Aunque amortiguados, los sollozos de Charles retumbaban en aquella sonora casa; y su profunda queja, que parecía salir de debajo de la tierra, no cesó hasta la noche, tras irse debilitando gradualmente.

—¡Pobre muchacho! —dijo la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! El padre Grandet miró a su mujer, a Eugénie y al azucarero; se acordó del extraordinario almuerzo que habían servido al pariente desgraciado y se colocó en medio de la sala.

—¡Bueno —dijo con su habitual calma—, espero, señora Grandet, que no continuará con sus prodigalidades. Yo no le doy a usted MI dinero para hartar de azúcar a este estúpido jovenzuelo!

—Mi madre no tiene la culpa —dijo Eugénie—, he sido yo la que...

—¿Acaso porque eres mayor de edad —repuso Grandet, interrumpiendo a su hija— me vas a contrariar? Piensa, Eugénie...

—Papá, el hijo de su hermano no debía carecer en su casa de...

—Ta ta ta —dijo el tonelero en cuatro tonos cromáticos—. El hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá. Charles no es nada nuestro, no tiene un ochavo; su padre ha quebrado, y cuando este petimetre haya llorado hasta hartarse, se largará de aquí; no quiero que revolucione mi casa.

—¿Qué es eso de quebrar? —preguntó Eugénie.

—Quebrar —repuso el padre— es cometer la acción más deshonrosa entre todas las que pueden deshorrar a un hombre.

—Debe ser un pecado muy grande —dijo la señora Grandet—, y nuestro hermano estará condenado.

—Vamos, ya empiezas con tus letanías —dijo el avaro a su mujer, encogiéndose de hombros—. Quebrar, Eugénie —prosiguió— es un robo que desgraciadamente la ley protege. Hay gentes que le han dado sus mercancías a Guillaume Grandet confiando en su reputación de hombre de honor y en su probidad; y luego se lo ha llevado todo y no les deja más que sus ojos para llorar. El saltador de caminos es preferible al que hace una bancarrota; aquél ataca, puede uno defenderse, y se expone a perder la cabeza; pero el otro... en fin, que Charles está deshonorado.

Estas palabras resonaron en el corazón de la pobre muchacha y sobre él le pesaron con toda su gravedad Eugénie, que era ingenua como es delicada la flor nacida en el interior de un bosque, no conocía las máximas del mundo ni sus capcio-

sos razonamientos, ni sus sofismas, y aceptó la atroz explicación de la quiebra que su padre le daba con toda intención, sin mostrarle la diferencia que existe entre una quiebra involuntaria y una quiebra calculada.

—¿Y no pudo usted impedir esa desgracia, papá?

—Mi hermano no me consultó; además debía cuatro millones.

—¿Qué es un millón, papá? —preguntó con la ingenuidad de una niña que cree poder encontrar en seguida lo que desea.

—¿Un millón? —dijo Grandet—. Pues es un millón de monedas de veinte sueldos, y se necesitan cinco monedas de veinte sueldos para formar cinco francos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Eugénie—. ¿Cómo mi tío tenía para él cuatro millones? ¿Hay alguien en Francia que pueda tener tantos millones?

El tío Grandet se acariciaba la barba, sonreía y su lobanillo parecía dilatarse.

—Y ¿qué va a ser de mi primo Charles?

—Se marchará a las Indias para tratar de hacer fortuna, según los deseos de su padre.

—Pero ¿tiene dinero para llegar hasta allá?

—Yo le pagaré el viaje... hasta... sí, hasta Nantes.

—¡Ah, padre, qué bueno es usted!

Y le abrazaba de tal modo que Grandet casi se avergonzaba, y la conciencia le remordía un poco.

—¿Hace falta mucho tiempo para reunir un millón? —le preguntó Eugénie.

—¡Diantre! —exclamó el tonelero—. Ya sabes lo que es un napoleón; pues bien, hacen falta cincuenta mil para formar un millón.

—Mamá, haremos decir novenas por él.

—Ya lo pensaba yo —respondió la madre.

—¡Eso es! ¡Siempre pensando en gastar dinero! —exclamó el padre—. ¡Vaya! ¿Creéis acaso que aquí somos millonarios?

En aquel momento un sordo quejido, más lúgubre que todos los demás, resonó en la buhardilla y heló de terror a Eugénie y a su madre.

—Nanon, ve arriba a ver si es que se está matando —dijo Grandet—. Bueno —siguió, volviéndose hacia su mujer y su hija, que se habían puesto pálidas por sus palabras—; y vosotras, nada de tonterías. Os dejo; voy a ver a los holandeses, que se van hoy. Luego iré a ver a Cruchot y a charlar con él de todo esto.

Y salió. Cuando Grandet hubo cerrado la puerta Eugénie y su madre respiraron con libertad. Hasta aquella mañana la hija no se había sentido nunca cohibida en presencia de su padre, pero desde hacía algunas horas sus sentimientos y sus ideas cambiaban completamente.

—Mamá, ¿cuántos luises dan por un tonel de vino?

—Tu padre vende los suyos entre cien y ciento cincuenta francos, y a veces hasta a doscientos, por lo que yo he oído decir.

—Entonces, cuando recoge mil cuatrocientos toneles de vino...

—Hija mía, yo no sé cuánto es eso; tu padre nunca me dice nada de sus negocios.

—Pero entonces papá debe ser rico.

—Quizá. Pero el señor Cruchot me dijo que había comprado Froidfrond hace dos años, y eso le ha debido acarrear muchos gastos.

Eugénie, como no comprendía nada de la fortuna de su padre, detuvo ahí sus cálculos.

—Ni siquiera me ha visto el pobrecillo —dijo Nanon, entrando—. Está tendido sobre su cama como un ternero, y llora como una magdalena. ¡Qué pena tan grande tiene ese pobre muchacho!

—Mamá, vamos en seguida a consolarle; y si llaman, bajaremos.

La señora Grandet se encontró sin defensa ante la armoniosa voz de su hija. Eugénie era sublime, era ya una mujer.

Las dos, con el corazón palpitante, subieron a la habitación de Charles. La puerta estaba abierta. El muchacho no veía ni oía nada. Sumido en el llanto, exhalaba quejidos inarticulados.

—¡Cómo quería a su padre! —dijo Eugénie en voz baja.

Era imposible dejar de percibir en el acento de sus palabras las esperanzas de un corazón, sin saberlo, apasionado. Por eso la señora Grandet dirigió a su hija una mirada llena de maternidad y le dijo al oído:

—Ten cuidado, no te vayas a enamorar de él.

—¡Enamorarme! —repuso Eugénie—. ¡Ay, si tú supieras lo que mi padre ha dicho!

Charles se volvió, y vio a su tía y a su prima. —He perdido a mi padre, a mi pobre padre. Si me hubiera confiado el secreto de su desgracia, habríamos trabajado los dos para repararlo. ¡Dios mío! ¡Mi buen padre! Estaba tan seguro de volver a verle, que creo que le besé fríamente...

Los sollozos le cortaron el habla.

—Rezaremos por él —dijo la señora Grandet—. Resígnese a la voluntad de Dios.

—Primo —dijo Eugénie—, tenga valor. Su pérdida es irreparable; así es que piense usted ahora en salvar su honor...

Con ese instinto y esa delicadeza de la mujer que todo lo embellece, hasta el consuelo, Eugénie quería distraer el dolor de su primo haciendo que se ocupara de sí mismo.

—¿Mi honor?... —gritó el muchacho, echándose las manos a los cabellos con movimiento brusco. Y se sentó sobre la cama, cruzando los brazos.

—¡Ay, es verdad! Mi padre, según dijo mi tío, quebró.

Y lanzó un grito desgarrador, al tiempo que se tapaba la cara con las manos.

—¡Déjeme, prima, déjeme! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Perdona a mi padre por lo que ha debido sufrir!

Había algo de horriblemente atractivo en la expresión de aquel dolor joven, verdadero, sin cálculo, espontáneo. Era un dolor púdico que los corazones sencillos de Eugénie y de su madre comprendieron cuando Charles hizo un gesto para pedirles que le dejaran solo. Bajaron, pues, las dos, volvieron a ocupar en silencio sus asientos junto a la ventana y trabajaron durante cerca de una hora sin decirse ni una palabra.

Eugénie había visto con sólo una mirada furtiva que había lanzado sobre el ajuar de su primo —esa mirada de las muchachas que lo ven todo en un abrir y cerrar de ojos—, las lindas bagatelas de su neceser, sus tijeras, sus navajas de afeitar con incrustaciones de oro. Aquella visión del lujo a través del dolor hizo a Charles más interesante aún para ella, sin duda por el contraste. La imaginación de aquellas dos criaturas sumidas siempre en la calma y en la soledad, nunca había sido sorprendida por un acontecimiento tan grave, por un espectáculo tan dramático.

—Mamá —dijo Eugénie—, nos pondremos luto por mi tío.

—Tu padre lo decidirá —respondió la señora Grandet.

Y de nuevo quedaron silenciosas. Eugénie daba las puntadas con una regularidad de movimientos que hubiese podido revelar a un observador fino los fecundos pensamientos de su meditación. El primer deseo de aquella adorable muchacha era compartir el luto de su primo.

Hacia las cuatro, un aldabonazo brusco retumbó en el corazón de la señora Grandet.

—¿Qué le pasará a tu padre? —le dijo a su hija.

El vinatero entró radiante. Después de haberse quitado los guantes, se frotó las manos con tal violencia que se habría levantado la piel si no hubiera tenido la epidermis curtida como la piel de Rusia, aunque le faltaba el olor del alerfe y del incienso. Se paseaba y miraba a su alrededor. Por fin se le escapó su secreto.

—Mujer —dijo sin tartamudear—, les he engañado a todos. ¡Nuestro vino está vendido! Los holandeses y los belgas se iban esta mañana y yo me he paseado por la plaza frente a su posada haciéndome el tonto. Un fulano que tú conoces se me ha acercado. Los propietarios de todos los buenos viñedos guardan su cosecha y quieren esperar; yo no les he disuadido. Nuestro belga estaba desesperado. Yo me he dado cuenta y asunto concluido, compra nuestra cosecha a doscientos francos el tonel, y la mitad al contado. Y además me paga en oro. Ya están hechas las letras. Aquí tienes seis luises para ti. Dentro de tres meses bajarán los vinos.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono tranquilo pero tan profundamente irónico, que los habitantes de Saumur, que en aquel momento estaban agrupados en la plaza y anonadados por la noticia de la venta que acababa de hacer Grandet, hubiesen temblado de haberlas oído. Un terror pánico hubiera hecho bajar los vinos en un cincuenta por ciento.

—Padre, este año tiene usted mil toneles, ¿verdad? —dijo Eugénie.

—Sí, hijita.

Este diminutivo era la expresión superlativa de la alegría del viejo tonelero.

—Y eso hace doscientas mil piezas de veinte sueldos.

—Sí, señorita Grandet.

—Pues bien, padre, entonces puede usted fácilmente ayudar a Charles.

El asombro, la cólera y la estupefacción de Baltasar al ver el *Mane-Thecel-Fares* no podría compararse con la fría ira de Grandet al ver que su sobrino, de quien él ya ni se acordaba, ocupaba el corazón y los pensamientos de su hija.

—¡Vaya! Desde que este petimetre ha puesto los pies en *mi* casa todo va al revés. Os ponéis a comprar confites, a celebrar banquetes y festines. No quiero que estas cosas se repitan. A mi edad ya sé cómo tengo que conducirme. Además, no tengo que recibir lecciones ni de mi hija ni de nadie; haré por mi sobrino lo que sea conveniente hacer, y vosotras no tenéis que meter las narices en este asunto. En cuanto a ti, Eugénie —añadió, volviéndose hacia ella—, no me vuelvas a hablar de él; de lo contrario te envío a la Abadía de Nonnerys, con Nanon, para que veas quién soy yo; y si rechistas, lo haré mañana mismo. ¿Dónde está ese muchacho? ¿Ha bajado ya?

—No, esposo mío —respondió la señora Grandet.

—¿Y qué hace?

—Llora por su padre —respondió Eugénie.

Grandet miró a su hija sin encontrar una palabra que decir, al fin y al cabo él también era un poco padre. Después de haber dado una o dos vueltas a la sala, subió con presteza a su despacho para meditar acerca de una inversión en los fondos públicos. La madera de sus dos mil *arpents* de bosque le habían dado seiscientos mil francos; si se añade a esta suma el dinero de sus álamos, sus rentas del último año y del actual, además de los doscientos mil francos de la venta que acaba-

ba de hacer, formaban un total de novecientos mil francos. El veinte por ciento que podía ganar en poco tiempo sobre las rentas que estaban a setenta francos, le tentaba. Grandet calculó el importe de su especulación sobre el mismo periódico en que se anunciaba la muerte de su hermano y mientras oía, sin escucharlos, los gemidos de su sobrino.

Nanon fue a dar un golpe en la pared para avisar a su amo que bajase, pues la comida estaba servida. Al llegar al último peldaño de la escalera bajo la bóveda, Grandet se decía para sí mismo: «Como voy a sacar un interés de un ocho, haré este negocio. En dos años tendré un millón quinientos mil francos y los retiraré de París en buen oro.»

—¿Y dónde está mi sobrino?

—Dice que no quiere comer —respondió Nanon—. Eso no es sano.

—Pero es económico —le replicó su amo.

—¡Ah, eso sí! —dijo ella.

—¡Bah! Ya dejará de llorar. El hambre hace salir al lobo del bosque.

La comida fue extrañamente silenciosa.

—Esposo mío —dijo la señora Grandet cuando hubieron quitado el mantel—, tendremos que ponernos luto.

—Desde luego, señora Grandet, no sabe usted qué inventar para gastar dinero. El luto está en el corazón y no en los vestidos.

—Pero el luto de un hermano es indispensable, y la Iglesia nos ordena que...

—Compra el luto con tus luises. A mí dame una tira de crespón, con eso tendré bastante.

Eugénie levantó los ojos al cielo sin decir una palabra. Por primera vez en su vida sus generosas inclinaciones, hasta entonces dormidas y repri-

midas, pero súbitamente despiertas, se veían lastimadas a cada momento.

Aquella velada fue semejante en apariencia a mil veladas de su monótona existencia, pero fue sin duda la más horrible. Eugénie hacía la labor sin levantar la cabeza y no utilizó para nada el necerer que Charles había desdeñado la víspera. La señora Grandet tejía sus manguitos. Grandet estuvo girando sus pulgares durante cuatro horas, sumido en cálculos cuyos resultados iban a asombrar a Saumur al día siguiente.

Nadie fue aquel día a visitar a la familia. En aquel momento el pueblo entero se hallaba bajo la impresión del hábil negocio hecho por Grandet, de la quiebra de su hermano y de la llegada de su sobrino.

Para satisfacer la necesidad de charlar sobre sus intereses comunes, todos los propietarios de viñedos de la alta y media sociedad de Saumur estaban en casa del señor Des Grassins, donde se pronunciaron terribles imprecaciones contra el antiguo alcalde.

Nanon hilaba, y el ruido de su rueca era el único sonido que se oía bajo las grisáceas vigas de la sala.

—Poco usamos la lengua —dijo, mostrando sus dientes blancos y gruesos como almendras peladas.

—No hay que usar nada —respondió Grandet, saliendo de sus meditaciones.

El avaro veía en perspectiva ocho millones en tres años y bogaba por aquel mar de oro.

—Vamos a acostarnos. Yo iré a dar las buenas noches a mi sobrino por todos y a ver si quiere tomar algo.

La señora Grandet se quedó en el descansillo del primer piso para oír la conversación que iba a tener lugar entre Charles y su marido. Eugénie,

más atrevida que su madre, subió dos escalones más.

—Qué, sobrino, ¿está usted muy apenado? Sí, llore, es natural. Un padre es un padre. Pero hay que tomar las desgracias con paciencia. Mientras que usted llora, yo me ocupo de usted. Ya ve que soy un buen pariente. Vamos, valor. ¿Quiere un vasito de vino?

El vino no vale nada en Saumur; se ofrece vino como en las Indias una taza de té.

—Pero —continuó Grandet— está usted a oscuras. ¡Malo, malo! Hay que ver claro lo que se hace.

Y Grandet se encaminó hacia la chimenea.

—¡Va, a! —exclamó—. Una bujía aquí. ¿De dónde demonios habrán sacado esta bujía? Estas pécoras serían capaces de echar abajo las vigas para cocerle unos huevos al chico este.

Al oír aquellas palabras, la madre y la hija entraron en sus habitaciones y se metieron en la cama con la celeridad de ratones asustados que entran en sus agujeros.

—Señora Grandet, ¿es que tiene usted un tesoro? —dijo el hombre, entrando en la habitación de su mujer.

—Estoy rezando mis oraciones, espere un momento —respondió con voz alterada la pobre madre.

—¡Que el diablo se lleve a tu buen Dios! —replicó Grandet, gruñendo.

Los avaros no creen en una vida futura, el presente lo es todo para ellos. Esta reflexión arroja una horrible claridad sobre la época actual, en la cual, más que en ningún otro tiempo, el dinero domina las leyes, la política y las costumbres. Instituciones, libros, hombres y doctrinas, todo conspira para minar la creencia en una vida futura, sobre la cual se apoya el edificio social des-

de hace mil ochocientos años. Ahora la tumba es una transición poco temida. El porvenir que nos esperaba después del *Requiem* ha sido trasladado al presente. Llegar *per fas et nefas* al paraíso terrestre del lujo y de los placeres vanos, petrificar el corazón y macerarse el cuerpo para obtener posiciones transitorias, igual que antes se sufría el martirio de la vida para obtener los bienes eternos, es el pensamiento general, pensamiento por lo demás escrito en todas partes, hasta en las leyes que preguntan al legislador: «Y tú, ¿qué pagas?», en lugar de decirle: «Y tú ¿qué piensas?». Cuando esta doctrina haya pasado de la burguesía al pueblo, ¿qué será del país?

—Señora Grandet, ¿ha terminado usted? —dijo el viejo tonelero.

Ella respondió:

—Rezo por ti.

—Muy bien, buenas noches. Mañana por la mañana hablaremos.

La pobre mujer se durmió como el colegial que no ha estudiado sus lecciones y teme encontrarse al despertar el rostro irritado del maestro. En el momento en que, atemorizada, se arrebujaba en la sábana para no oír nada, Eugénie se deslizó hasta ella en camisón y descalza, y le fue a dar un beso en la frente.

—Mamá querida —le dijo—, mañana le diré que he sido yo.

—No, que te mandará a Noyers. Déjame a mí, que no me comerá.

—¿Oyes, mamá?

—¿Qué?

—Sigue llorando.

—Ve a acostarte, hija mía, que las baldosas están húmedas y puedes coger frío en los pies.

De este modo transcurrió la jornada solemne que iba a influir en toda la vida de la rica y po-

gritan por el débil dolor de un castigo, mientras que callan cuando se hieren por inadvertencia. El buen hombre bajó y habló con aire distraído a su mujer, besó a Eugénie y se sentó a la mesa sin parecer pensar en las amenazas de la víspera.

—¿Qué ha sido de mi sobrino? Poco molesta el muchacho.

—Señor, está dormido —respondió Nanon.

—Tanto mejor, así no necesita bujía —dijo Grandet con tono burlón.

Aquella clemencia insólita, aquella amarga alegría sorprendieron a la señora Grandet, que miró a su marido atentamente. El buen hombre... (Acaso aquí sea conveniente observar que en la Turena, en el Anjou, en el Poitou, en la Bretaña, la expresión «buen hombre», que ya se ha empleado varias veces para designar a Grandet, se aplica tanto a los hombres más crueles como a los más bonachones, siempre que hayan llegado a cierta edad. Este título no prejuzga nada sobre la mansedumbre individual... El buen hombre, pues, cogió su sombrero y sus guantes, y dijo:

—Voy a dar una vuelta por la plaza, a ver si veo a los Cruchot.

—Eugénie, sin duda a tu padre le pasa algo.

En efecto, Grandet, que era poco dormilón, empleaba la mitad de las noches en los cálculos preliminares que daban a sus ideas, a sus observaciones y a sus planes una sorprendente precisión y eran garantía del constante éxito que tanto maravillaba a los habitantes de Saumur. Todo poder humano tiene un componente de paciencia y de tiempo. Los hombres poderosos quieren y velan. La vida del avaro es un constante ejercicio del poder humano puesto al servicio de la personalidad. Se apoya únicamente sobre dos sentimientos: el amor propio y el interés. Pero como en cierto modo el interés no es más que el amor propio

sólido y bien entendido, la confirmación continua de una superioridad real, amor propio e interés son dos partes de un mismo todo, el egoísmo. De ahí proviene quizá la prodigiosa curiosidad que despiertan los avaros puestos hábilmente en escena. Todos tienen algo de esos personajes que emprenden contra todos los sentimientos humanos y los resumen todos. ¿Dónde está el hombre que no siente deseos? ¿Y qué deseo social se satisface sin dinero?

A Grandet desde luego le pasaba algo, como decía su mujer. Como todos los avaros, sentía una persistente necesidad de enfrentarse con los demás hombres y ganarles legalmente sus escudos. ¿Sacar el dinero al prójimo, no es acaso hacer un acto de poder, darse perpetuamente el derecho de despreciar a los que, por demasiado débiles, se dejan devorar en el mundo? ¡Oh! ¿Quién ha sabido comprender la significación del cordero apaciblemente acostado a los pies de Dios, el más conmovedor emblema de todas las víctimas terrenas, el del porvenir de éstas, el de su sufrimiento y su debilidad glorificados! El avaro deja engordar a este cordero, lo encierra en el redil, lo mata, lo cuece, se lo come y lo desprecia. El alimento de los avaros se compone de dinero y de desdén.

Durante la noche las ideas del buen hombre habían tomado otro curso, de ahí su clemencia. Había urdido una trama para burlarse de los parisien- ses, para envolverlos, marcarlos, aturdirlos, hacerles ir y venir, sudar, anhelar, palidecer; para divertirse a su costa, él, el antiguo tonelero en el fondo de su salón gris, subiendo la escalera carcomida de su casa de Saumur, había estado pensando en su sobrino. Quería salvar el honor de su hermano muerto sin que le costase ni un céntimo ni a su sobrino ni a él. Como iba a colocar sus fondos por tres años, y no tenía nada entre

manos a que sacar el jugo, quería triturar a los parisienses en provecho de Charles y mostrarse excelente hermano costándole barato. El honor de la familia intervenía tan poco en sus proyectos, que su buena voluntad podría ser comparada a la necesidad que tienen los jugadores de ver jugar bien una partida en la que no han apostado nada. Los Cruchot le eran necesarios y, como no quería ir a buscarlos, había decidido hacerlos ir a su casa y comenzar aquella misma noche la comedia cuyo plan acababa de concebir, para al día siguiente ser objeto de la admiración de su ciudad, sin que le costase un céntimo.

PROMESAS DE AVARO, JURAMENTOS DE AMOR

En ausencia de su padre, Eugénie tuvo la dicha de poder ocuparse abiertamente de su bien amado primo, y de derramar sobre él sin temor los tesoros de su compasión, que es una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que ella desea hacer sentir, la única en que ella perdona al hombre que la deje ser superior. Tres o cuatro veces Eugénie fue a escuchar la respiración de su primo, a saber si se dormía, si se despertaba. Luego, cuando él se levantó, la crema, el café, los huevos, la fruta, los platos, el vaso, todo lo que formaba parte del desayuno fue para ella objeto de cuidado. Por fin subió ágilmente la vieja escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se estaría vistiendo? ¿Lloraría aún? Eugénie llegó hasta la puerta.

—¡Primo!

—¡Prima!

—¿Quiere usted almorzar en la sala, o en su habitación?

—Donde usted quiera.

—¿Cómo se encuentra?

—Ay, prima, me da vergüenza tener hambre.

Esta conversación a través de la puerta era para Eugénie todo un episodio de novela.

—Está bien, le traeremos el almuerzo a su habitación para no contrariar a mi padre.

Y la muchacha bajó a la cocina con la rapidez de un pájaro.

—Nanon, vete a arreglar su habitación.

Aquella escalera, que tan a menudo había subido y bajado y en la cual resonaba el menor ruido, le parecía a Eugénie que había perdido su carácter de vetustez; la veía luminosa, se imaginaba que hablaba y que era joven como ella, joven como el amor al que servía. Por fin, su madre, su buena e indulgente madre, quiso prestarse a los caprichos de su amor, y cuando estuvo hecha la habitación de Charles fueron las dos a hacer compañía al desventurado joven; ¿acaso la caridad cristiana no ordenaba consolarle? Las dos mujeres extrajeron de la religión gran número de sofismas para justificar sus licencias.

Charles Grandet se vio, pues, objeto de los más afectuosos y tiernos cuidados. Su corazón dolorido sintió vivamente la suavidad de la cordial amistad y de la exquisita simpatía que aquellas dos almas, siempre cohibidas, supieron desplegar al verse libres un momento en la región del sufrimiento, que era su esfera natural. Sintiéndose autorizada por el parentesco, Eugénie se puso a arreglar la ropa y los objetos de tocador que su primo llevaba, y pudo admirar a sus anchas todas las lujosas fruslerías, las bagatelas de plata y de oro trabajado que tomaba en sus manos y las retenía largo rato con el pretexto de examinarlas. Charles no vio sin enternecerse profundamente el generoso interés que le dispensaban su tía y su prima. Conocía bastante la sociedad de París para saber que en la situación en que estaba no hubiera encontrado más que corazones indiferentes o

fríos. Eugénie se le apareció en todo el esplendor de su belleza especial, admiró el joven entonces la inocencia de las costumbres de las que se burlara la víspera. Así es que cuando Eugénie tomó de las manos de Nanon el tazón de loza lleno de café con crema para servírselo a su primo con toda la ingenuidad de su sentimiento, al mismo tiempo que le lanzaba una tierna mirada, los ojos del parisiense se bañaron en lágrimas, y cogiéndole la mano se la besó.

—Vamos, ¿y ahora qué le pasa? —le preguntó la muchacha.

—¡Oh! Son lágrimas de agradecimiento.

Eugénie se volvió bruscamente hacia la chimenea para coger los candelabros.

—Nanon, ten, llévatelo —dijo.

Cuando la joven miró a su primo estaba aún muy colorada; pero al menos sus miradas pudieron mentir y no reflejar la excesiva alegría que inundaba su corazón. Sin embargo, los ojos de ambos expresaron un mismo sentimiento y sus almas se fundieron en un mismo pensamiento: el porvenir les pertenecía.

Aquella dulce emoción fue tanto más deliciosa para Charles, en medio de su inmensa tristeza, cuanto que era menos esperada. Un aldabonazo llamó a las dos mujeres a sus puestos. Por suerte pudieron bajar lo bastante rápidamente la escalera como para haber reanudado su labor cuando Grandet entró; con que el viejo las hubiera encontrado bajo la bóveda ya hubiera sido suficiente para despertar sus sospechas. Después del almuerzo, que el buen hombre hizo de pie, el guarda, que no había recibido aún la indemnización prometida, llegó de Froidfond llevando una liebre, unos perdigones cazados en el parque, unas anguilas y dos lucios que le habían dado los molineros.

—¡Vaya, vaya! Este pobre Cornoiller viene como pedrada en ojo de boticario. ¿Se puede comer eso?

—Sí, generoso señor, hace dos días que está matado.

—Vamos, Nanon, date prisa —dijo el buen hombre—. Coge eso, será para la comida, pues tengo convidados a los dos Cruchot.

Nanon abrió desmesuradamente los ojos y miró a todo el mundo.

—¿Y dónde encontraré tocino y especias?

—Mujer —dijo Grandet—, dale seis francos a Nanon y recuérdame luego que tengo que ir a la bodega a buscar buen vino.

—Bueno, señor Grandet —siguió el guarda, que había preparado su arenga para hacer decidir la cuestión de su salario—. Señor Grandet...

—Ta ta ta ta —dijo Grandet—, ya sé lo que vas a decir, eres un diablillo, ya veremos eso mañana, hoy tengo demasiada prisa. Mujer, dale cinco francos —dijo a la señora Grandet.

Y se marchó. La pobre mujer se consideró muy afortunada de poder comprar la paz por once francos. Ella sabía que Grandet estaba callado durante quince días, después de haber recuperado céntimo a céntimo el dinero que había dado.

—Ten, Cornoiller —dijo la mujer, deslizándole diez francos en la mano—; algún día te pagaremos tus servicios.

Cornoiller no tuvo nada que decir y se fue.

—Señora —dijo Nanon, que se había puesto su cofia negra y había cogido un cesto—, no necesito más que tres francos, guarde el resto. Ya me las arreglaré.

—Nanon, haznos una buena comida, mi primo también bajará —dijo Eugénie.

—Sin duda aquí pasa algo extraordinario —dijo la señora Grandet—. Ésta es la tercera vez desde

que nos casamos que tu padre invita a alguien a cenar.

Hacia las cuatro, en el momento en que Eugénie y su madre habían terminado de poner la mesa para seis personas y en que el dueño de la casa subía con algunas botellas de esos exquisitos vinos que los provincianos conservan amorosamente. Charles entró en la sala. El muchacho estaba pálido. Sus gestos, su actitud, sus miradas y el tono de su voz tenían una tristeza llena de encanto. No fingía el dolor, sufría verdaderamente, y el velo que la pena extendía sobre sus rasgos le confería ese aire interesante que tanto agrada a las mujeres. Eugénie le amó aún mucho más. Acaso también la desgracia le había acercado a ella. Charles ya no era aquel rico y guapo joven colocado en una esfera inabordable para ella, sino un pariente sumido en una espantosa desgracia. La desgracia engendra la igualdad. La mujer tiene de común con los ángeles, que los seres que sufren le pertenecen. Charles y Eugénie se comprendieron y se hablaron con los ojos solamente, pues el pobre dandy venido a menos, el infeliz huérfano se quedó en un rincón y allí permaneció mudo, tranquilo y digno; pero de cuando en cuando la mirada dulce y acariciadora de su prima le iluminaba y le obligaba a dejar sus tristes pensamientos, a recorrer con ella los campos de la esperanza y del porvenir.

En aquellos momentos la villa de Saumur se hallaba más emocionada aún por la comida que Grandet ofrecía a los Cruchot que lo había estado la víspera por la venta de su cosecha, la cual constituía un crimen de alta traición a los vinateros. Si el político cosechero hubiera ofrecido la comida con el mismo pensamiento que costó la cola al perro de Alcibíades, habría sido quizás un gran hombre; pero como estaba muy por encima

de la gente de su ciudad, los despreciaba y no les hacía ningún caso. Los Des Grassins se enteraron en seguida de la muerte violenta y de la quiebra probable del padre de Charles, y resolvieron ir aquella misma noche a casa de su cliente para compartir su desgracia y darle pruebas de amistad, al tiempo que para informarse de los motivos que podían haberle determinado a invitar a comer, en semejante ocasión, a los Cruchot.

A las cinco en punto, el presidente C. de Bonfons y su tío el notario llegaron, endomingados hasta los dientes. Los convidados se sentaron a la mesa y empezaron a comer extraordinariamente bien. Grandet estaba grave, Charles silencioso, Eugénie muda, la señora Grandet habló tan poco como de costumbre, de manera que aquella comida fue verdaderamente un duelo.

Cuando se levantaron de la mesa, Charles dijo a su tía y a su tío:

—Permítanme que me retire. Tengo que ocuparme en escribir una larga y triste correspondencia.

—Haga lo que guste, sobrino.

Cuando, tras la salida de éste, el buen hombre pudo presumir que Charles no podía oír nada por estar ya sumido en su correspondencia, miró socarronamente a su mujer y le dijo:

—Señora Grandet, lo que tenemos que hablar sería latín para usted; son ya las siete y media, lo mejor que podría hacer es irse a meter en la piltra. Buenas noches, hija mía.

Besó a su hija, y las dos mujeres salieron. Entonces comenzó la escena en que el tío Grandet, más que en ningún otro momento de su vida, empleó la astucia que había adquirido en el trato con los hombres, y que le valía, por parte de aquellos a quienes mordía con excesiva violencia, el sobrenombre de *perro viejo*. Si el alcalde de Saumur hubiera tenido ambiciones más altas, si afor-

tunadas circunstancias le hubieran hecho llegar a las esferas superiores de la sociedad y le hubiesen llevado a los congresos donde se tratan los asuntos de las naciones, y allí se hubiera servido del genio con que le había dotado su interés personal, no cabe duda que hubiera sido gloriosamente útil a Francia. Sin embargo, acaso también sería igualmente probable que, fuera de Saumur, el buen hombre hubiera hecho un triste papel. Tal vez ocurra que hay espíritus que como ciertos animales no engendran cuando se les ha trasplantado del clima en que han nacido.

—Se...se...se...ñor pre... pre... pre... sidente. de... de... de... decía us...us...us...ted que...que... que... la quieebra...

El tartamudeo afectado desde hacía ya tanto tiempo por el buen hombre y que pasaba por natural, así como la sordera de que se quejaba en tiempo de lluvia, se hizo en aquella ocasión tan fatigoso para los dos Cruchot, que al escuchar al vinatero hacían muecas sin darse cuenta, como haciendo esfuerzos al querer terminar las palabras en que Grandet se trababa adrede. Tal vez sea aquí necesario dar la historia de la tartamudez y de la sordera de Grandet.

No había nadie en Anjou que oyera mejor y que pudiera pronunciar con más nitidez que el astuto vinatero. En otro tiempo, a pesar de su agudeza había sido engañado por un israelita que en la discusión se aplicaba la mano a la oreja a guisa de trompetilla, con el pretexto de oír mejor, y chapurreaba de tal modo buscando las palabras, que Grandet, víctima de su humanidad, se creyó obligado a sugerir a aquel malicioso judío las palabras e ideas que parecía buscar éste, a acabar él mismo los razonamientos de dicho judío, a hablar como debía hablar el condenado judío, a ser en fin el judío y no Grandet. El tonelero

salió de aquel extraño debate habiendo cerrado un trato que fue el único negocio que tuvo que lamentar durante el curso de su vida comercial. Pero si perdió, desde un punto de vista pecuniario, ganó moralmente una buena lección y más tarde recogió los frutos; de manera que acabó por bendecir al judío que le enseñó el arte de impacientarse al adversario comercial, pues mientras éste se ocupaba por expresar su pensamiento perdía de vista el suyo propio.

Ahora bien, ningún negocio exigió más que aquél el empleo de la sordera, de la tartamudez y de los ambages incomprensibles con que Grandet envolvía sus ideas. En primer lugar no quería aceptar la responsabilidad de sus ideas, y además quería ser dueño de su palabra y dejar en duda sus verdaderas intenciones.

—Se...se...ñor De Bon...Bon...Bonfons.

Por segunda vez desde hacía tres años, Grandet llamaba al sobrino de Cruchot señor De Bonfons. El presidente pudo creerse elegido para yerno del astuto anciano.

—Us...us...us...ted de...de...de...decía, pues, que las quieebras pue...pue...pueden en...en...en...cier...tos ca...ca...ca...sos ser impe...pe...pe...didas por...por...por...

—Por los mismos tribunales de comercio. Eso se ve todos los días —dijo el señor C. de Bonfons, captando la idea del tío Grandet o creyendo adivinarla y deseando explicársela afectuosamente—. Escuche usted.

—Escu...cu...cu...cucho —respondió humildemente el buen hombre, adoptando la maliciosa actitud de un niño que se ríe por dentro de su profesor fingiendo prestarle la mayor atención.

—Cuando un hombre considerable y considerado, como lo era, por ejemplo, su difunto hermano de París...

—Mi...mi hermano, sí.

—Está amenazado por la ruina...

—¿Eso...o...o... se lla...lla...ma ru...ru...ruina?

—Sí. Cuando su quiebra se hace inminente, el tribunal de comercio ante el que debe comparecer (preste atención a esto) tiene la facultad, mediante un juicio, de nombrar liquidadores para su casa comercial. Liquidar no es hacer quiebra, ¿comprende usted? Al quebrar un hombre queda deshonrado, pero al liquidar sigue siendo honrado.

—La... la...co...co...cosa es bien di...di...diferente, si...si...si...no...no...no, pues...pues...cuesta más...más... ca...ca...caro —dijo Grandet.

—Pero una liquidación puede hacerse incluso sin el auxilio del tribunal de comercio. Pues —continuó el presidente, tomando un poco de rapé—, ¿cómo se declara una quiebra?

—Nunca he pen...pen...pensado en ello —respondió Grandet.

—En primer lugar —prosiguió el magistrado—, depositando el balance en la escribanía del tribunal, cosa que hace el mismo comerciante o su apoderado, siempre que esté debidamente inscrito en el registro. En segundo lugar, a instancia de los acreedores. Ahora bien, si el comerciante no deposita el balance y si ningún acreedor demanda del tribunal un juicio que declare en quiebra al susodicho comerciante, ¿qué sucede?

—Sí...sí..., ve...ve...veamos.

—Entonces, la familia del finado, sus representantes, sus herederos, o el comerciante, si no está muerto, o sus amigos, si está escondido, liquidan. ¿Acaso quiere usted liquidar los negocios de su hermano? —preguntó el presidente.

—¡Ah, ah, Grandet! —exclamó el notario—, eso estaría muy bien. Aún hay honor en nuestras provincias. Si salvase usted su apellido, pues es su apellido, sería usted un hombre...

—¡Sublime! —dijo el presidente, interrumpiendo a su tío.

—Cier...cier...ciertamente —repuso el anciano vinatero—; mi...mi...mi her...her...hermano se...lla...llamaba Grandet co...co...como yo. Es...es...mu...mu...muy cier...cierto. No lo nie...nie...niego. Y...y...y es...es...esta li...li...liquidación po...po...dría en...en... to...todo caso, ser en to...to...todos con...conceptos muy...muy... ven...ven...ventajosa pa...pa...para los in...in...intereses de mi so...so...sobrino, a quien yo...yo...quie...quiero mucho. Pero hay que estudiarlo. Yo no co...conozco a los pillos de París. Yo... estoy en Sau...Saumur, ya lo ven ustedes, con mis mugrones, y mi labranza, y mis pequeños negocios. Nunca he hecho una le...le...letra de cambio. ¿Qué es una letra de cambio? Yo he...he... recibido mu...mu...muchas, pero nunca he fir...firmado ninguna. Es una co...co...cosa que se co...co...co...bra y se des...descuen...cuen...cuenta. Eso es to...to...todo lo que... que sé. He o...oído de...cir que se po...podían comprar las le...letras...

—Sí —dijo el presidente—. Se pueden adquirir las letras en la plaza mediante un tanto por ciento. ¿Comprende usted?

Grandet se llevó la mano al oído a manera de trompetilla, y el presidente le repitió la frase.

—Entonces —respondió el vinatero—, se puede sacar tajada en...en todo eso. Yo...yo...yo, a mi edad, no en...en...entiendo nada de...de...e...esas co...co...cosas. Ten...te...tengo que...quedarme a...a...aquí para cui...cui...cuidar la cosecha. La cosecha se reco...recoge y con la cosecha se pa...pa...paga. Ante todo hay que cui...cui...cuidar la co...cosecha, tengo gran...gran...grandes e interesantes nego...go...gocios en Froidfond. No puedo a...a...a...abandonar mi...mi...mi casa por em...em...brollos de to...to...todos los día...día...blos que no

entien...tiendo. Dice usted que...que...debería ir a París para li...liquidar y evitar la declaración de quiebra. No se puede es...estar en dos sitios, salvo que se...sea un pa...pa...pajarillo... y...y...

—Ya le entiendo —exclamó el notario—. Pero no se apure, usted tiene amigos, viejos amigos que son capaces de sacrificarse por usted.

—«Anda —pensaba el vinatero—, ¡decídetel!»

—Y si alguien fuese a París a buscar al acreedor más importante de su hermano Guillaume para decirle...

—Un mi...mi...minuto —repuso el buen hombre—; ¿a decirle... qué? Al... algo...a...a...así: «el señor Grandet de Saumur, por...por...por aquí, el señor Grandet de Saumur por allá, quiere a su hermano, quiere a su so...so...brino. Grandet es un buen pa...pa...pariente, tiene muy buenas intenciones, ha vendido su co...co...cosecha. No declaren ustedes la quie...quie...quiebra, re...re...reúnanse y nom...nom...nombren li...li...liquidadores. E...entonces Grandet ve...ve verá. Más ga...ga...ganarán us...ustedes li...liquidando que de...de...dejando que me...me...me...meta la na...na...nariz la jus...justicia.» ¿Es eso, verdad?

—¡Eso mismo! —dijo el presidente.

—Porque, sabe usted, señor De Bon...Bon...Bonfons, hay que ver las cosas antes de de...decidirse. El que no...no...no puede, no...no...puede. En todo a...a...asun...sun...sunto onero...ro...ro...roso, para no arrui...rui...ruinarse, hay que conocer los recursos y las cargas. ¿No es verdad?

—Ciertamente —dijo el presidente—. Yo creo que dentro de unos meses se podrán saldar los créditos y pagar íntegramente mediante un arreglo. ¡Ah!, ¡ah!, uno puede llevar muy lejos a los perros enseñándoles un trozo de carne. Cuando no ha habido declaración de quiebra y se tienen en la

mano las letras de los acreedores, queda uno blanco como la nieve.

—¿Co...co...como la nieve? —repitió Grandet, llevándose la mano a las orejas—. No entiendo eso de la nie...nie...nieve.

—Pues —le gritó el presidente— escuche.

—Escu...cu...cucho.

—Un efecto es una mercancía que puede tener su alza y su baja. Esto es una deducción del principio de Jeremías Bentham sobre la usura. Este publicista probó que el prejuicio con que se reprueba a los usureros es una tontería.

—¡Vaya! —exclamó el buen hombre.

—Teniendo en cuenta que en principio, según Bentham, el dinero es una mercancía, y que lo que representa el dinero se convierte igualmente en mercancía —continuó el presidente—; teniendo en cuenta que es notorio que, sometida a las variaciones habituales que sufren las cosas comerciales, la mercancía-letra, llevando tal o cual firma, del mismo modo que tal o cual artículo abunda o falta en la plaza, es cara o nadie la quiere, el tribunal ordena... (¡qué tonto soy; perdón...!). Yo opino que podrá usted evitar la quiebra de su hermano por un veinticinco por ciento.

—Di...di...dice us...us...usted que se lla...lla... llama Je...Je...Jeremías Ben...?

—Bentham, un inglés.

—Ese Jeremías nos evitará muchas lamentaciones en los negocios —dijo el notario, riéndose.

—Esos ingleses tienen a ve...ve...veces sentido sen...sentido co...mún —dijo Grandet—. Así, si... si pues se...se...según Ben...Ben...Bentham, si los efectos de mi hermano va...va...valen, no valen. ¿Es así, verdad? Me parece claro... Los acreedores serían, no, no...no serían yo me en...en...entiendo.

—Déjeme explicarle a usted todo esto —dijo el presidente—. En derecho, si usted posee los títu-

los de todos los acreedores de la casa Grandet, su hermano o sus herederos no deben nada a nadie. Bien.

—Bien —repitió el buen hombre.

—En equidad, si los efectos de su hermano se negocian (se negocian, ¿entiende usted bien ese término?). Emplaza con un tanto por ciento de pérdida, y si un amigo pasa por allí y los recupera, sin que los acreedores hayan sido obligados a entregarlos mediante la violencia, los herederos del difunto Grandet de París estarán legalmente libres de cargas.

—Es verdad, los ne...negocios son los negocios —dijo el tonelero—. ¿Y lue...e...go? Pero, sin embargo, usted compren...pren... prenderá que es di...di...difícil. Yo...yo...yo... no tengo di...di...dinero ni...ni...ni... tiempo, ni ti...ti...tiempo ni...

—Sí, usted no puede preocuparse de eso; yo me ofrezco a ir en su lugar a París. Usted me costeará el viaje, que es una miseria. Allí veo a los acreedores, les hablo, les pido un plazo y todo se arregla con un pago suplementario que añadirá usted a los valores de la liquidación para entrar en posesión de las letras.

—Ya...ya...ya... ve...ve...veremos eso; yo... no... no... puedo, yo...yo...yo no quiero com...com... comprometerme sin...sin...que... El que...que... no puede, no puede. ¿Com...com...comprende usted?

—Desde luego.

—Estoy ma...ma...ma...mareado con...con... con... lo que...que... me...me... acaba usted de de...cir. Es la...la... primera vez en mi vida que me...me veo obligado a pensar en...en...

—Sí, usted no es jurisconsulto.

—Yo...yo... soy un po...po...pobre vinatero y no sé nada de lo que us...us...usted acaba de decirme; ten...ten...tengo que es...es...estudiar eso.

—Pues bien —repuso el presidente, disponiéndose a resumir la discusión.

—¡Sobrino!... —exclamó el notario, interrumpiéndole con tono de reproche.

—¿Qué pasa, tío? —respondió el presidente.

—Deja que el señor Grandet te explique sus intenciones. Se trata de un asunto importante. Nuestro querido amigo debe definirlo congruen...

Un aldabonazo que anunció la llegada de la familia Des Grassins, la entrada de éstos y sus saludos impidieron a Cruchot acabar su frase. El notario se alegró de la interrupción, pues Grandet ya le estaba mirando de reojo y su lobanillo indicaba una tormenta interior.

En primer lugar, el prudente notario no encontraba conveniente que un presidente de tribunal de primera instancia fuese a París a hacer capitular a unos acreedores y se prestase a mezclarse en un manejo que iba contra las leyes de la estricta probidad; por otra parte, como aún no había oído al tío Grandet expresar la menor intención de pagar nada, temblaba instintivamente de ver a su sobrino metido en aquel asunto. Aprovechó, pues, el momento preciso en que los Des Grassins entraban para coger al presidente por el brazo y llevarlo hasta la ventana.

—Sobrino, ya te has manifestado bastante, basta de ofrecimientos de esa índole. El deseo de casarte con la muchacha te ciega. ¡Qué diablo! No hay que ir a tontas y a locas. Déjame a mí ahora que conduzca la barca y ayúdame solamente a hacer la maniobra. ¿Tú crees que está bien comprometer tu dignidad de magistrado en semejante...?

No terminó, oía al señor Des Grassins que decía al viejo tonelero, tendiéndole la mano:

—Grandet, nos hemos enterado de la espantosa desgracia ocurrida en su familia, del desastre de

la casa Guillaume Grandet y de la muerte de su hermano; venimos a manifestarle que compartimos su dolor por tan triste acontecimiento.

—No hay otra desgracia —dijo el notario, interrumpiendo al banquero— que la muerte del señor Grandet junior, y seguramente no hubiera tomado tal resolución si hubiese tenido la idea de llamar a su hermano en su auxilio. Nuestro viejo amigo, que es un hombre de honor de pies a cabeza, piensa liquidar las deudas de la casa Grandet de París. Mi sobrino el presidente, para ahorrarle las molestias de un asunto judicial, se ofrece a ir inmediatamente a París para transigir con los acreedores y satisfacerles convenientemente.

Estas palabras, confirmadas por la actitud del vinatero que se acariciaba la barbilla, sorprendieron extraordinariamente a los tres Des Grassins, que por el camino habían criticado a placer la avaricia de Grandet y casi le habían acusado de fratricida.

—¡Ah! ¡Ya lo sabía yo! —exclamó el banquero, mirando a su mujer—. ¿Qué decía yo por el camino, señora Des Grassins? Grandet es un hombre de honor de la cabeza a los pies y no toleraría que su nombre reciba la más ligera mancha. El dinero sin honor es una enfermedad.¹ ¡Aún queda honor en nuestra provincia! Eso está bien, muy bien, Grandet. Yo soy un viejo militar y no puedo ocultar mi pensamiento; lo digo con toda claridad, esto es, ¡vive Dios!, sublime.

—En...en...entonces lo...lo... sublime resulta muy caro —respondió el buen hombre, mientras que el banquero le sacudía calurosamente la mano.

1. Alusión a un verso de la comedia *Los litigantes*, de Racine: «Sin dinero el honor es una enfermedad.»

—Pero éste, amigo Grandet, y que no se ofenda el señor presidente —siguió De Grassins—, es un negocio puramente comercial y requiere un comerciante consumado. ¿No hay que entender de cuentas, de desembolsos, de cálculos de intereses? Yo tengo que ir a París por mis negocios y podría al mismo tiempo encargarme de...

—Ya tra...tra...trataremos de po...po...ponernos de acuerdo los...los... dos en las po...po...posibilidades relativas y sin com...com...comprometerme en algo que no qui...qui...quisiera hacer —dijo Grandet, tartamudeando—; porque, ya ve usted, el señor presidente me pedía naturalmente los gastos de viaje.

El buen hombre no tartamudeó al decir estas últimas palabras.

—¿Cómo? —dijo la señora Des Grassins—. Pero si es un placer ir a París. Yo pagaría con gusto para ir allá.

E hizo una seña a su marido como para animarle a birlar aquel asunto a sus adversarios, costase lo que costase; luego miró irónicamente a los dos Cruchot, que tenían un aire lastimoso.

Grandet agarró entonces al banquero por uno de los botones de su traje y se lo llevó a un rincón.

—Yo tengo más confianza en usted que en el presidente —le dijo—. Además, aquí hay gato encerrado —añadió, moviendo el lobanillo—. Quiero poner algún dinero en títulos de la Deuda; tengo unos cuantos millares de francos disponibles y no quiero colocarlos más que a ochenta. Se dice que esta mecánica baja a fin de mes. Usted entiende algo de eso, ¿verdad?

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo! ¿Entonces, de cuántos miles de libras dispondré para invertírselas?

—No gran cosa para empezar. ¡Chitón! Quiero hacer esta operación sin que nadie sepa nada. La tendrá usted lista para fin de mes, pero no les diga

nada a los Cruchot, eso les contrariaría. Ya que tiene que ir usted a París, veremos al mismo tiempo cómo se presentan las cosas para mi pobre sobrino.

—Quedamos de acuerdo. Me iré mañana en la diligencia —dijo en alta voz Des Grassins—, y vendré a que me dé las últimas instrucciones... ¿A qué hora?

—A las cinco, antes de comer —dijo el vinatero, frotándose las manos.

Los dos partidos enemigos permanecieron allí algunos minutos. Des Grassins dijo tras una pausa, dando un golpecito en la espalda a Grandet:

—¡Qué bien tener parientes así...!

—Sí, sí, aunque no lo parezca —respondió Grandet—, soy un buen pa pa...pariente. Yo quería a mi hermano y lo demostraré si...si... no...no... cue...cuesta...

—Vamos a dejarlo, Grandet —dijo el banquero, interrumpiéndole felizmente antes de que acabara la frase—. Como adelanto mi marcha, tengo que poner en orden algunos asuntos.

—Bien, bien. Yo también, pa...pa...para lo que us...usted sabe, voy a re...re...retirarme a mi cuar...cuarto de deliberación, como dice el presidente Cruchot.

«¡Demonio! Ya he dejado de ser el señor De Bonfons», pensó el magistrado, y su cara tomó la expresión de la de un juez que se aburre en una vista.

Los jefes de las dos familias rivales se fueron juntos. Ni unos ni otros pensaban ya en la traición que había cometido Grandet por la mañana con su región vinatera, y trataron de sondearse mutuamente, aunque en vano, para conocer lo que ambos pensaban sobre las verdaderas intenciones del buen hombre en aquel nuevo asunto.

—¿Viene usted con nosotros a casa de la señora de Orsonval? —dijo Des Grassins al notario.

—Iremos más tarde —respondió el presidente—. Si mi tío lo permite, he prometido a la señora de Gribeaucourt pasar un momento por su casa e iremos antes allí.

—Pues hasta la vista, señores —dijo la señora Des Grassins.

Y cuando los Des Grassins estuvieron a algunos pasos de los dos Cruchot, Adolphe dijo a su padre:

—Se van negros, ¿verdad?

—Cállate, hijo mío —le replicó su madre—, aún pueden oírnos. Además, eso que dices no es de buen gusto, es propio de la Facultad de Derecho.

—¿Qué le parece a usted tío? —exclamó el magistrado cuando vio alejarse a los Des Grassins—. He empezado por ser el presidente De Bonfons y he terminado siendo un Cruchot.

—Ya he visto que eso te contrariaba, pero el viento soplaba hoy en favor de los Des Grassins. ¡Qué tonto eres a veces con todo tu talento!... Déjales que se confíen en un *ya veremos* del tío Grandet, y tú quédate tranquilo, hijo mío; no por eso Eugénie dejará de ser tu mujer.

En pocos minutos, la noticia de la magnánima resolución de Grandet llegó a tres casas a la vez y ya no se habló en toda la ciudad más que de aquel gesto de abnegación fraternal. Todo el mundo perdonaba a Grandet la venta que había hecho faltando a la fe jurada entre los propietarios, y se admiraba su honor y se alababa una generosidad de que no le creían capaz. Es muy del carácter francés entusiasmarse, encolerizarse o apasionarse por las cosas del momento o por el acontecimiento de actualidad. ¿Será que carecen de memoria los seres colectivos y los pueblos?

Cuando el tío Grandet hubo cerrado la puerta, llamó a Nanon.

—No sueltes al perro y no duermas, que tenemos que trabajar juntos. A las once tiene que venir Cornoiller con la tartana del Froidfond. Atiende para oírle venir y que no tenga necesidad de llamar; ya le he dicho que entre sin hacer ruido. Las leyes de policía prohíben el ruido nocturno. Además no hay necesidad de que los vecinos sepan que me voy de viaje.

Dicho esto, Grandet subió a su laboratorio, donde Nanon le oyó remover, rebuscar, ir y venir, pero con precaución. Evidentemente no quería despertar ni a su mujer ni a su hija, y sobre todo no llamar la atención de su sobrino, a quien empezó a maldecir al ver la luz de su habitación encendida.

A medianoche, Eugénie, preocupada por su primo, creyó oír la queja de un moribundo, y para ella aquel moribundo era Charles; ¡lo había dejado tan pálido, tan desesperado! Acaso se hubiera matado. Rápidamente se puso una especie de mantón con capucha y quiso salir. Al principio, la viva claridad que penetraba por las rendijas de su puerta le hizo temer que hubiera fuego; pero pronto se tranquilizó al oír los pesados pasos de Nanon y su voz mezclada con el relincho de varios caballos.

«¿Se irá a llevar mi padre a mi primo?», se dijo la muchacha, entreabriendo la puerta con precaución para que no rechinase, pero de manera que pudiese ver lo que pasaba en el corredor.

De repente su mirada se encontró con la de su padre y, aunque la de éste era vaga y despreocupada, la heló de terror. El buen hombre y Nanon sostenían sobre sus respectivos hombros derechos un grueso garrote del que pendía un cable al que

llevó a cabo sin una gran cantidad de besos y de lágrimas. Cuando Eugénie guardó la llave en su seno, no tuvo valor para prohibir a Charles que besase el sitio en que la ponía.

—Siempre la llevaré aquí, amor mío.

—También mi corazón estará siempre ahí.

—¡Ah, Charles, eso no está bien! —dijo Eugénie con un ligero acento de reproche.

—¿Acaso no estamos casados? —respondió él—; yo tengo tu palabra y tú tienes la mía.

—¡Tuya para siempre!

—¡Tuyo para siempre!

Ninguna promesa hecha en la tierra fue más pura que aquella; el candor de Eugénie había santificado instantáneamente el amor de Charles.

Al día siguiente por la mañana, el almuerzo fue triste. A pesar del batín de oro y de una crucecita de oro que le regaló Charles, la propia Nanon, dando rienda suelta a sus sentimientos, dejó escapar algunas lágrimas.

—Pobre señorito que se va a la mar... ¡Que Dios le acompañe!

A las diez y media la familia se puso en marcha para acompañar a Charles hasta la diligencia de Nantes. Nanon soltó el perro, cerró la puerta y quiso llevar el maletín de Charles. Todos los tenderos de la vieja calle estaban en los umbrales de sus puertas para ver pasar aquel cortejo, al cual se unió en la plaza *maître* Cruchot.

—Bueno, no vayas a llorar ahora, Eugénie —le dijo su madre.

—Sobrino —dijo Grandet cuando llegaron a la puerta de la posada, besando a Charles en las dos mejillas—, se va pobre pero vuelva rico; el honor de su padre lo encontrará a salvo, de eso respondo yo, Grandet; entonces sólo dependerá de usted...

—¡Ah, tío! Usted endulza la amargura de mi marcha. Éste es el mejor regalo que usted podría hacerme.

Sin comprender las palabras del viejo tonejero, que había interrumpido, Charles bañó con lágrimas de agradecimiento el curtido rostro de su tío, mientras Eugénie estrechaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. El notario era el único que sonreía, admirando la astucia de Grandet, pues él era el único que había entendido bien al buen hombre.

Los cuatro acompañantes, rodeados de varias personas, permanecieron al lado del coche hasta que partió; luego, cuando desapareció tras el puente y sólo se oía el ruido en la lejanía, dijo el vinatero:

—¡Buen viaje!

Afortunadamente, *maître* Cruchot fue el único que oyó esta exclamación. Eugénie y su madre habían ido a un lugar del muelle desde donde podían ver aún la diligencia, y agitaban sus pañuelos blancos respondiendo a las señales que Charles les hacía con el suyo.

—Madre, quisiera tener por un momento el poder de Dios —dijo Eugénie en el instante en que dejó de ver el pañuelo de Charles.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que se desarrollaron en el seno de la familia Grandet, es necesario de antemano echar una ojeada sobre las operaciones que el buen hombre hizo en París por intermedio de los Des Grassins. Un mes después de la marcha del banquero, Grandet poseía un título de cien mil libras de renta que había sido comprado a ochenta francos. Los datos que se encontraron a su muerte en el inventario no han arrojado ninguna luz acerca

de los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el valor del título por el título mismo. *Maître Cruchot* pensó que Nanon fue, ignorándolo ella misma, el instrumento fiel del transporte de los fondos. Por aquella época la criada estuvo ausente durante cinco días, con el pretexto de ir a arreglar algunas cosas, en *Froidfond*, como si el anciano fuese capaz de dejar que nadie le arreglase nada. En lo concerniente a los asuntos de la casa *Guillaume Grandet*, todas las previsiones del tonelero se realizaron.

Como todo el mundo sabe, en el Banco de Francia existen informes sumamente exactos sobre las grandes fortunas de París y de los departamentos. Los nombres de *Des Grassins* y de *Félix Grandet*, de Saumur, eran allí conocidos y gozaban de la estimación que se concede a las celebridades financieras que poseen inmensas propiedades territoriales libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur con el encargo, según se decía, de liquidar por honor las deudas de la casa *Grandet* de París, bastó para evitar a la memoria del negociante la vergüenza de los protestos. El levantamiento de los precintos se hizo en presencia de los acreedores, y el notario de la familia procedió a hacer regularmente el inventario de la herencia. Pronto *Des Grassins* reunió a los acreedores, los cuales, por unanimidad, eligieron liquidador al banquero de Saumur juntamente con *François Keller*, jefe de una casa importante y uno de los principales interesados, y les confiaron a ambos todos los poderes necesarios para salvar a la vez el honor de la familia y los créditos. El crédito de *Grandet* de Saumur y la esperanza que despertó en el ánimo de los acreedores, por intermedio de *Des Grassins*, facilitaron las transac-

ciones. No hubo ni un solo recalcitrante entre los acreedores. Nadie pensaba pasar su crédito a la cuenta de pérdidas y ganancias; todos se decían:

—*Grandet* de Saumur pagará.

Transcurrieron seis meses. Los parisienses habían reembolsado los efectos en circulación y los conservaban en sus carteras. Éste era el primer resultado que quería obtener el tonelero.

Nueve meses después de la primera asamblea, los dos liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento a cada acreedor. Esta suma fue producida por la venta de los valores, posesiones, bienes y toda clase de propiedades pertenecientes al difunto *Guillaume Grandet*, venta ésta que fue hecha con una fidelidad escrupulosa.

La más exacta probidad presidía esta liquidación. Los acreedores se complacieron en reconocer al admirable e indiscutible honor de los *Grandet*. Cuando estas alabanzas hubieron circulado convenientemente, los acreedores pidieron el resto de su dinero. Tuvieron que escribir una carta colectiva a *Grandet*.

—Ya llegó —dijo el viejo tonelero, echando la carta al fuego—; paciencia, amiguitos.

En respuesta a las proposiciones contenidas en esta carta, *Grandet* de Saumur pidió en casa de un notario el depósito de todos los títulos de crédito existentes contra la herencia de su hermano, acompañándolos de un recibo de los pagos ya hechos, bajo pretexto de comprobar las cuentas y de establecer correctamente el estado de la herencia. Este depósito planteó mil dificultades.

Generalmente el acreedor es una especie de maníaco. Hoy se presta a transigir y mañana quiere llevarlo todo a sangre y fuego; más tarde se vuelve excesivamente bondadoso. Hoy su mujer está

de buen humor, su hijo pequeño ha echado los dientes, todo va bien en su casa, no quiere perder ni un céntimo; mañana llueve, no puede salir, está melancólico y dice que sí a todas las proposiciones que puedan poner fin a un asunto, dos días después exige garantías; a fin de mes pretende ejecutarle a uno, ¡el muy verdugo! El acreedor se asemeja a ese gorrión con que los niños se entretienen tratando de ponerle un granito de sal sobre la cola; pero el acreedor vuelve esta imagen contra su crédito, del cual nada puede coger.

Grandet había observado las variaciones atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron plenamente a sus cálculos. Algunos se molestaron y se negaron rotundamente a hacer el depósito.

—¡Bueno, esto va bien! —decía Grandet, frotándose las manos, tras la lectura de las cartas que le escribía Des Grassins respecto a estas cuestiones.

Otros acreedores no consintieron en hacer dicho depósito más que con la condición de hacer constar perfectamente sus derechos sin renunciar a ninguno, y reservándose incluso el de declarar la quiebra. Nueva correspondencia, después de la cual Grandet de Saumur consintió a todas las reservas solicitadas. Mediante esta concesión, los acreedores benignos hicieron entrar en razón a los más duros. El depósito se llevó a cabo no sin algunas quejas.

—Ese hombre —le decían a Des Grassins— se burla de usted y de nosotros.

Veintitrés meses después de la muerte de Guillaume Grandet, muchos comerciantes, arrastrados por el movimiento de los negocios de París, habían olvidado las deudas de Grandet o no pensaban en ellas más que para decirse: «Empiezo a

pensar que el cuarenta y siete por ciento será todo lo que yo saque de eso.»

El tonelero había calculado el poder del tiempo, que, según él decía, es un diablillo. Al fin del tercer año Des Grassins escribió a Grandet diciéndole que, mediante el pago del diez por ciento de los dos millones cuatrocientos mil francos que faltaban por pagar por la casa Grandet, había logrado que los acreedores le devolviesen las letras.

Grandet respondió que el notario y el agente de bolsa, cuyas tremendas quiebras habían sido causa de la muerte de su hermano, vivían, y que como acaso fueran solventes había que demandarlos para sacarles algo y disminuir la cifra del déficit.

Al final del cuarto año el déficit quedó claramente fijado en la suma de un millón doscientos mil francos. Hubo negociaciones, que duraron seis meses, entre los liquidadores y los acreedores, entre Grandet y los liquidadores. En resumen, cuando Grandet de Saumur estaba ya apremiado a pagar, respondió a los dos liquidadores, hacia el noveno mes de aquel año, que su sobrino, que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado la intención de pagar íntegramente las deudas de su padre; él no podía arriesgarse a pagarlas fraudulentamente, sin haberle consultado previamente, y esperaba la respuesta.

Los acreedores, hacia la mitad del quinto año, estaban aún en jaque con la palabra *íntegramente* que de vez en cuando soltaba el sublime tonelero, quien se reía para su coleteo y nunca decía, sin dejar escapar una sonrisa y un juramento, las palabras: ¡ESTOS PARISIENSES!... pero a los acreedores se les reservó una suerte inaudita en los fastos del comercio. Se encontraron en la misma

situación en que los había mantenido Grandet en el momento en que los acontecimientos de esta historia les obliguen a reaparecer.

Cuando los títulos de la Deuda alcanzaron el valor de ciento quince, el tío Grandet vendió los suyos, retiró de París cerca de dos millones de cuatrocientos mil francos en oro, que fueron a unirse en sus barrilitos a los seiscientos mil francos de intereses compuestos que le habían dado sus títulos. Des Grassins vivía en París; he aquí por qué: en primer lugar fue nombrado diputado, y después, él, que era padre de familia pero aburrido por la aburrida vida de Saumur, se enamoró de Florine, una de las actrices más bonitas del teatro de Madame, con lo cual revivió en el banquero el antiguo contramaestre. Es inútil hablar de su conducta; en Saumur fue considerada profundamente inmoral. Su mujer se consideró muy feliz cuando obtuvo la separación de bienes y pudo seguir al frente de la casa de Saumur, cuyos negocios continuaron con su nombre para reparar las brechas hechas en la fortuna por las locuras del señor Des Grassins. Los cruchotistas empeoraron de tal modo la falsa situación de la cuasi viuda, que ésta casó muy mal a su hija, y tuvo que renunciar a la unión de Eugénie Grandet con su hijo. Adolphe fue a juntarse en París con su padre y allí se convirtió, según se dijo, en un inde-seable. Los Cruchot triunfaron.

—Su marido no tiene mucho sentido común —decía Grandet, una vez que le prestó a la señora Des Grassins una cantidad mediante las correspondientes garantías—. La compadezco sinceramente, usted es una buena mujer.

—¡Ah! —respondió la pobre mujer—. ¿Quién podía pensar que el día que salió de esta casa para ir a París iba hacia la ruina?

—El cielo es testigo, señora, de que hice cuanto pude, hasta el último momento, para impedirle que fuese. El señor presidente quería ir en su lugar a toda costa, pero él tenía tanto interés en ir allá..., ahora sabemos por qué.